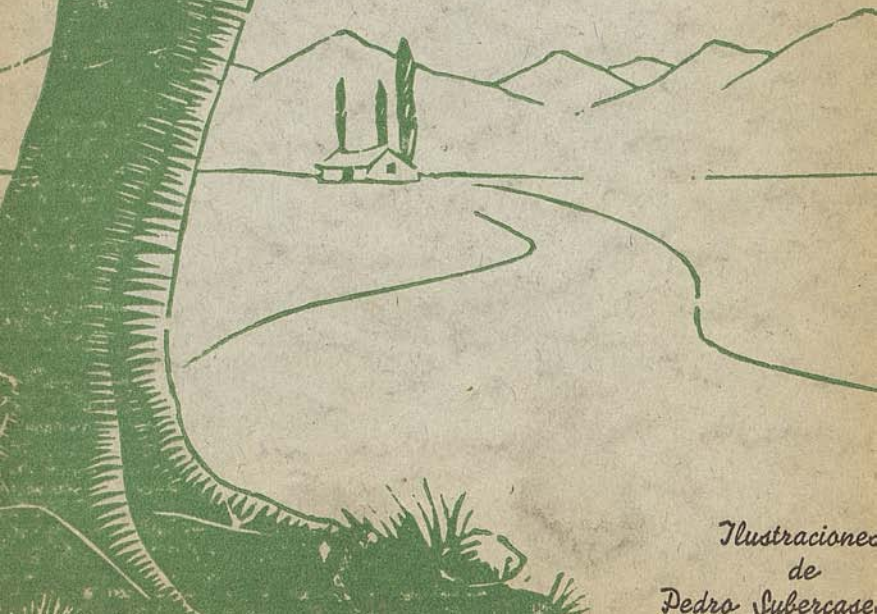


Luis Felipe Contar

Pbro.

11(279-33)

Cantos
del
Camino



Ilustraciones
de
Pedro Subercase

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

LUIS FELIPE CONTARDO
PBRO.

38544

CANTOS DEL CAMINO

PROLOGO

DE

Don Francisco A. Concha Castillo

de la Academia Chilena de la Lengua, correspondiente
de la Real Española.



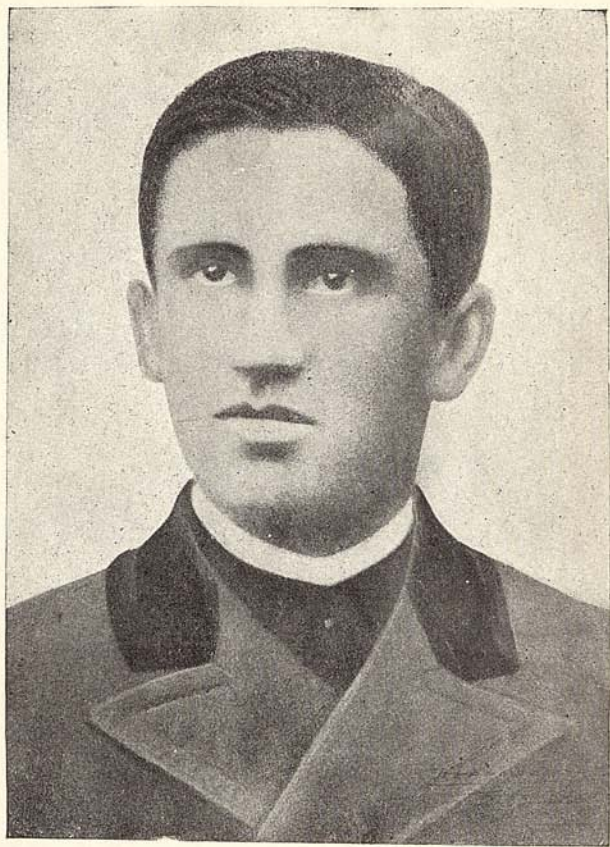
ILUSTRACIONES DE PEDRO SUBERCASEAUX



SEGUNDA EDICION

NOTABLEMENTE AUMENTADA CON VARIAS POESIAS DEL MISMO
AUTOR, QUE VIERON LA LUZ PUBLICA DESPUES
DE LA EDICION PRIMERA.

TALL. GRAF. SAN VICENTE
1941



Luis Felipe Contardo
Dresbitero

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

CANTOS DEL CAMINO

VISITACION
de IMPRENTAS y BIBLIOTECAS
DIC 29 1941
DEPÓSITO LEGAL

INDICE

Página

Prólogo	IX
Por los caminos	3
Voz ancestral	4
Del mundo y de la Vida	5

I.—LA SOMBRA DEL HOGAR

La sombra del hogar	11
La casa de campo	12
Leyendo	14
Vespertina	15
No te engañas	16
Nostalgia	17
A una golondrina	18
Como cuando era un niño	24

VI

II.—LA HUELLA DE JESUS

	<u>Página</u>
En el lago de Genezareth	35
Camino de Belén	36
Retablo	37
En Caná	38
Hacia Betania	39

III.—EN EL REFUGIO FRANCISCANO

Asilo	45
Fresco primitivo	47
La celda	48
Alborada	49
Tras el poema franciscano	51
Momento medioeval	53
Evocando un recuerdo	55

IV.—EN LA PAZ DEL ALBA Y DE LA TARDE

Mes de María	61
La vida en flor	62
La tumba de las ondas	63
Mors et vita	65
Lágrimas	66
En el camino	67
Nocturno	69
Angelus de invierno	71

VII

V.—HORAS OSCURAS

	<u>Página</u>
Desolación	77
En el desierto	78
Tu corazón	79
El llamado	80
La voz de la noche	81
Estrellas en la sombra	82

VI.—EL CANTO HEROICO

Soneto a España	87
A Pedro de Valdivia	88
Homenaje a Isabel la Católica	90

VII.—DE LOS VEINTE AÑOS

Primaveral	99
El águila	102
Huérfana	106
Flor del valle	108
La espiga	110
Paloma blanca	111
Reflejos	112
Cor Jesu	113
Inmortal	114

VIII.—CANTO A LA CRUZ

Canto a la Cruz	119
---------------------------	-----

VIII

IX.—FLOR DEL MONTE

	<u>Página</u>
Flor del monte (poema)	139
Lucero	171
A Jesús	173
Los hombres	174
Por el campo llevó al Señor	175
Voz de amor (soneto)	177
Tarde de Verano	178
El éxtasis del monte	179
La poesía de Enrique González Martínez	181
A mitre	182
Pequeños	183
Rincón isleño	184



PROLOGO

Refinado lector, que sí lo serás, pues en tus manos tienes este volumen de primorosos versos con que te brinda un poeta a quien ungieron con óleo suavísimo las musas: modera tu impaciencia, no penetres todavía en el debilitable recinto donde canta sus rimas, y escucha lo que en humilde prosa vocea un heraldo, con más gentileza que cierto, elegido por ese paladín de la gaya ciencia, alarife y dueño del rumoroso alcázar. Yo te diré lo que sé de él y lo que en sus obras veo o columbro.

En hábito de peregrino va cruzando la vida; y aunque todos, más o menos lo seamos, él nos lleva de ventaja la inspiración de su mente, el fuego de su corazón y la fable armoniosa de sus cantos, con que tal vez distrae las fatigas, los azares y contratiempos del camino.

Joven, muy joven, tomó la cruz (pues también hay cruzados en nuestra era) y se consagró, como sacerdote del Dios tres veces santo, a dilatar la gloria del Altísimo en el mundo de las almas y a desvanecer las nieblas de la ignorancia, del error y del vicio en los pobrecillos confiados a su custodia.

Y ahí le tienes evangelizando, dirigiendo y consolando al crecidísimo número de fieles que forman su

SECCION CONTROL

CATALOGACION

BIBLIOTECA NACIONAL

parroquia en aquella ciudad del sur, de alto renombre como guerrera, la de históricos blasones, y cuna de don Bernardo O'Higgins. Allí ejerce su ministerio pastoral y reconstruye el templo, educa y moraliza, alecciona y canta. . . Sí, canta, como alivio de sus labores, cuando ellas dan alguna tregua a su actividad vigilante. Porque, eso sí, para él, lo primero, lo esencial, es el cumplimiento de sus deberes sacerdotales, su tarea de apóstol y misionero, su cotidiano trabajo de sembrador de la divina simiente y hortelano del huerto de Jesucristo.

Pero allá, una que otra noche, recogido en su pieza e iluminado, más que por la luz material de su lamparilla, por el indeleble y lejano titilar de los recuerdos o por el destello de grandes ideales, deja en libertad a su fantasía para que vuele y se espacie por el ámbito azul del sentimiento siguiendo los rumbos que su corazón le señala.

Frutos de estos solaces de hoy y de los que pudo proporcionarse cuando era estudiante en la Ciudad Eterna es este libro de poesías que hoy sale a la luz del mundo no en busca de los aplausos de él, sino sólo de su simpatía y buen acogimiento.

En realidad, el nombre de don Luis Felipe Contardo aunque muy popular en Concepción, Ñuble y toda las provincias de allende el Maule, no es en Santiago generalmente conocido. Eslo sí, y muy apreciado, por unos cuantos amigos suyos y por las pocas personas que han tenido ocasión de oírle en el púlpito o de leer sus bellísimas, y por varios conceptos, originales poesías.

Muchas ha escrito: este volumen contiene sólo aquellas que el autor ha querido seleccionar por parecerle que guardan entre sí cierta unidad de inspiración o de sentimiento.

Divídelas en siete secciones que son: "La sombra del hogar", "La huella de Jesús", "En el Refugio Franciscano", "En la paz del alba y de la tarde", "Horas oscuras", "El Canto heroico", "De los veinte años", y "Flor del monte", preciosa leyenda nacional esta última, acaso lo mejor que en este género se haya escrito en Chile.

Los títulos de estas diversas secciones indican por sí solos con suficiente claridad la idea o inspiración dominante: afectos y memorias de la infancia o de la familia; reminiscencias vivas de Jesús, meditaciones del creyente, pero creyente poeta, al recorrer los Santos Lugares; idilios místicos; cantos de remontado vuelo lírico; murmullos primaverales; emociones íntimas, etc.

En esta colección hallarás, lector amigo, una agradable diversidad de temas desarrollados con inspiración sostenida, una en su índole y forma interna, varia en sus manifestaciones. Y esta índole y carácter que les presta unidad es la emoción sincera y honda, esa virtud magnética con que un poeta verdaderamente tal se introduce en el ánimo de sus lectores y los conmueve y arrebatá.

Su prospecto o programa poético, si es lícito aplicar este nombre a cosas de tan **subida naturaleza**, está condensado en los siguientes hermosos alejandrinos pareados, que son los únicos, me parece, que se hallan en

XII

toda la obra, pues el autor no abusa de este artificio métrico que a la larga es por demás fatigoso:

“Por la tierra estos cantos, como alondras del día
O campanas del ángelus, viertan su melodía.

Que vayan repitiendo el eco vagabundo
De los hondos latidos de la vida y del mundo.

Que dejen en el viento, clara y trémula huella ,
Un rumor de plegaria y un resplandor de estrella.

Que en la tarde tranquila o que en la noche en calma,
si su música pasa arrullando algún alma.

La haga mirar al cielo y pensar, conmovida:
—“Hay belleza en el mundo y hay dulzura en la vida”.

Y la verdad, que se cumplen a maravilla sus anhelos. Como aves de la aurora, sus cantos henchidos de idealidad se elevan más allá de los horizontes de la vida y se bañan en efluvios de luz eterna, o bien como el ángelus de la tarde se recogen en meditaciones **la-martinianas**.

En otras poesías suyas hay una sencillez idílica, aromatizada con esencias de flores campesinas o con ese vago perfume de los recuerdos evocador de las serenas felicidades del hogar, de los primeros inseguros vuelos de la vida, de las brumosas lontananzas y rosados albores de este microcosmo que se llama el corazón humano. Sirvan como de muestra de las poesías de esta especie la titulada **“La casa de campo”** que tiene además la particularidad de estar escrita en una

XIII

combinación métrica desusada, pero grata, estrofa de cuatro versos, tres alejandrinos a la francesa y un endecasílabo:

“Lo mismo que la tienda de un antiguo Patriarca,
En la quietud campestre, blanco el hogar surgía,
El techo era modesto y la vida era parca
Y había paz y cantos y alegría”...

“Como cuando era un niño”, es un coloquio de dos almas que se entregan a la espontaneidad de sus afectos, un momento poético que recuerda aquel de San Agustín con su madre en una noche de estío plácida y serena. “Nunca—dice el poeta—

“Nunca sentí tan dulce la luz de cada estrella,
Ni hallé una paz tan honda como en la noche aquella”.

Efusión tranquila del amor maternal y filial cuya ternura trae lágrimas a los ojos; y que no tiene, en concepto mío, otro lugar que la incongruente metáfora contenida en el segundo de los versos siguientes:

“Como una primavera, se me llenó de arrullos
El corazón y todo me floreció de armiño”.

Es mucho pedirle a la piel de un animalito como el armiño que haga las veces de jazmín o de azucena y todavía que lo florezca todo. Tributo es éste que el autor paga al desenfreno de imágenes y metáforas de algunos poetas resucitadores del gongorismo. Felizmente, en el nuestro, son deslices pasajeros; no es

sistema ni acto de servidumbre a una moda literaria. Pero en cambio qué hermoso pensamiento aquél:

“Cuando me canso de vivir... es ella
 La que un beso de luz sobre la frente
 Me envía desde el fondo de una estrella”.

Los sonetos del señor Contardo, que son numerosos, tienen una gracia especial: casi todos ellos encierran en sus 14 versos el amplio horizonte de un poema, y con decir mucho, todavía sugieren mucho más de lo que dicen. Véase como ejemplo el titulado **En Caná**, que es de una exquisita delicadeza y transparencia mística. **La vida en flor, Mors et vita, Tu corazón, Voz de la noche, Angelus en Nazareth, En el desierto, Estrellas en la sombra** y tantos otros. Transcribiré estos dos últimos como ejemplar o muestra, y en comprobación de lo que acabo de expresar.

EN EL DESIERTO

Bajo el fulgor perenne de las constelaciones
 Que vieron, por la tierra, como sombras, pasar
 Del frágil polvo humano dos mil generaciones
 La pirámide surge como un enorme altar.

Con su sueño de siglos duermen los Faraones
 En la entraña de piedra de este inmóvil hogar;
 De osamentas de pueblos son tumba estas regiones,
 Como la esfinge, mudas; inmensas, como el mar.

En el hondo silencio de este mundo que encierra
Tanto viejo misterio, tanta vida hecha tierra,
Palpo que toda carne es sólo vanidad.

Y mientras en el aire pasa como un aliento
Sobre este gran cansancio pesar la eternidad...

ESTRELLAS EN LA SOMBRA

Amo, Señor, tus sendas, y me es suave la carga
(La tocaron tus hombros) que en mis hombros pusiste;
Pero, a veces, encuentro que la jornada es larga;
Que el cielo ante mis ojos de tinieblas se viste;

Que el agua del camino es amarga... es amarga;
Que se enfría este ardiente corazón que me diste;
Y una sombría y honda desolación me embarga
Y siento el alma triste; hasta la muerte, triste...

El espíritu débil y la carne cobarde,
Lo mismo que el cansado labriego por la tarde,
De la dura fatiga quisieran reposar...

Mas, entonces me miras... y se llena de estrellas,
Señor, mi oscura noche... Y detrás de tus huellas,
Con la cruz que llevaste me es dulce caminar...

Entre las composiciones que forman el grupo de
"En el refugio franciscano", todas ellas de un carácter ascético apacible, sobresalen "La Alborada", florecimiento matinal de paz y de alegría, y "Tras el poema franciscano", rasgos de un artista que dejando

..“El recio pincel con que traza
Y parece que esculpe sobre el lienzo
Los viejos heroísmos de la raza”,

tras de larga peregrinación llega a Asís, y empapando el pincel “en rocío y luz del cielo” se postra de rodillas ante el **Poverello**.

No se crea, sin embargo, por lo que antes he dicho, que la musa del señor Contardo se anda siempre por huertos y jardines en hábito de pastorcilla, exhalando en tonos suavísimos su más íntimas querellas; muy lejos de eso, su plectro sabe arrancar de la lira notas vibrantes y sonoras cuando canta triunfos y grandes hechos, cuando se inspira en la historia o en la contemplación de la naturaleza, cuando pasa rozando sus cuerdas el hálito tempestuoso de la vida.

Su estro robusto y sostenido se ostenta gallardamente en el “**Homenaje a Isabel La Católica**”, canto heroico en que el movimiento lírico y la brillantez de las imágenes no se presentan al espíritu del lector como un trozo versificado de historia sino como una deslumbradora visión de aquel suceso trascendental en la vida de la humanidad, visión que acalora la fantasía del poeta porque antes ha conmovido su alma y sacudido sus nervios.

“Es hija tuya, ¡oh, Reina de los altos destinos!
Esta América joven, que marca los caminos
Del futuro a los pueblos: que en su seno fecundo
Carga el peso sagrado del porvenir el mundo...”

Veneración y amor por la Madre Patria, fe en los excelsos destinos de la raza y del mundo americano, admiración entusiasta por aquella reina que llevaba en su mente lampos de genio y sagradas intuiciones de profeta; todo eso fluye de este ardoroso y brillante epinicio.

“Tal, Isabel, tu Gesta. Otra mayor no existe,
En cuanto la ancha curva de los siglos abraza:
Dándole al mundo un mundo, el orbe engrandeciste
Para que en él cupiera la gloria de tu raza...

“Por eso, ahora, ¡oh, Reina de los altos destinos!
Que en la grandeza encarnas de tus sueños divinos
Toda la vieja y noble majestad de la raza,
Todo el genio y la fe y el honor españoles,
El hosanna de América en mi cántico encierro,
Y vuela resonante — salmo de oro y de hierro, —
A saludar tu Sombra, que entre los siglos pasa,
De eternidad vestida y nimbada de soles...”

¡Cuánta riqueza de pensamiento y de estilo se encierra en este canto, digno de más detenido análisis! No me es dado hacerlo, pues me lo veda la naturaleza de este prólogo, que no es — según ya lo he dicho — más que la voz de un heraldo que pregoná los timbres y méritos de un paladín de la poesía.

De las composiciones incluídas en la sección “De los veinte años”, y que tienen toda la frescura y lozanía de aquella edad, son particularmente notables las que llevan por títulos: **Primaveral**, **Al águila** y **Huér-**

fana. Explosión la primera de luces y flores, latidos y armonías de la naturaleza.

“¿Lo ves?... En ondas de oro se derrama
Sobre la tierra el cielo... Ayer marchita,
Vístese ahora de verdor la rama,
Y en las entrañas de la flor palpita

El dulce fruto... Luminosa y leve
La bruma se alza del estanque umbrío,
Y, como casta floración de nieve,
Manchan los cisnes el azul del río.

Descuélgase el rosal por los barrancos,
—Chal de verdura con labor sangrienta; —
Se desataron los jazmines blancos,
Y en nívea espuma el naranjal revienta...”

Al águila, es una de las más entonadas y hermosas poesías del libro: resplandecen en ella la grandiosidad de las imágenes y el alto vuelo del pensamiento, como puede el lector colegirlo por las estrofas insertas a continuación:

“¡De cerca humanos ojos nunca te vieron!
Amas las cimas negras de los volcanes,
y habitas los barrancos que sacudieron
con sus hombros de fuego los huracanes.

Y, al encrespar tus plumas el viento frío,
Paseas la serena mirada altiva,
Entre el mundo que abajo duerme sombrío
Y el incendio de auroras que estalla arriba.

Cuando el azul imperio rauda atraviesas,
De este polvo tan lejos, en que me arrastro,
¿Vas, huyendo del mundo las impurezas,
A hollar la inmaculada frente de un astro?

Y mientras la pupila te sigue errante,
Y, al ver que en el vacío te hundes, se asombra,
¿Acaso tu divisas flotar radiante
Sobre abismos de estrellas, de Dios la sombra?"

El **Canto a la Cruz**, severo y grandilocuente, muy en el tono de las silvas de Quintana o de Gallegos, puede decirse que es el último canto lírico, pues cierra la colección con llave de oro un delicado poemita narrativo, **Flor del monte**, el postrero en la ordenación que el autor ha dado a sus composiciones, pero, acaso, la primicia de su numen y, a mi entender, síntesis de sus facultades poéticas y reflejo fiel de su temperamento idealista y realista al propio tiempo, ensoñador y práctico, aunque esto parezca una contradicción, una antinomia.

El año de 1903, la Dirección de la **Revista Católica** promovió un concurso literario con variedad de temas para verso y prosa. Los trabajos presentados fueron muchos, y algunos de gran valía, en especial los pertinentes al tema de leyenda o poema narrativo corto, por el estilo de los de Núñez de Arce que a la sazón estaban, y con justicia, muy en boga. Fuimos designados para dictaminar en este punto, don Rodolfo Vergara Antúnez (que santa gloria haya), don Manuel Antonio Román y el que esto escribe.

Excusado es decir que proclamamos a una voz digno del primer premio el poemita **Flor del monte**, cuya excelencia sobre sus congéneres era tan singular y notoria que no daba margen a vacilación ni titubeos; y repito que había dos o tres más, de mérito sobresaliente. Pero en **Flor del monte** no se trataba sólo de una excelencia relativa, sino de su valor estético absoluto; era una revelación.

Los señores Vergara y Román tuvieron a bien encomendarme la redacción del informe; y de él copio los párrafos siguientes que se refieren a la obra premiada:

“**Flor del monte**, no es ya tan solo un ensayo feliz, una promesa, como suele decirse, sino la obra de un ingenio poético vigoroso, en toda la madurez de su inspiración.

“Trágico es el desenlace. Pudo el autor, sin faltar a la lógica de los sucesos, haberle dado otro menos desdichado, aunque vulgar; pero ello habría sido con menoscabo de la emoción estética y del alto pensamiento moral con que remata el poema. Por lo demás, nada hay en él, bien considerado, que aparezca inverosímil.

“Los caracteres, aun los de segundo orden, alcanzan realidad y vida artística, singularmente los del Cura, Carmen y Basilio. La naturaleza que describe es la de nuestra tierra; su poesía, la de nuestros valles y montañas. El estilo es siempre el que conviene al asunto: pintoresco en las descripciones; sencillo y natural en las narraciones y diálogos; tierno en las escenas patéticas. Los versos son fáciles; y las rimas acuden dó-

cilmente, sin que jamás se note esfuerzo por alcanzarlas, por donde resulta limpia la frase, sin ripios ni dislocaciones. La dicción es en todo momento poética y sobria. Lo único que a su versificación podría, tal vez, reprochársele, es el empleo de ciertas consonancias imperfectas, como **peces** y **mieses**, **cósas** y **mozas**, y algunas otras por el estilo; defecto, por lo demás, harto disculpable, atención habida a nuestra pronunciación que confunde la c con la s."

El argumento, el paisaje, los caracteres, las pasiones, la dicción, todo en este bello poema tiene raíz nacional y castiza, lo que no empece a que el genio del poeta, con savia propia sustentado, estalle de vez en cuando en arranques de encumbrado lirismo o se insinúe en delicadísimos pensamientos:

"Púsose en pie la patria; y como fieras
Aguilas de la cumbre, abierta el ala,
Volaron al desierto sus banderas."

"Han callado las ondas, y las cañas
Inmóviles están; el sauce inclina
La sien; el sol remonta al horizonte,
Como gloria de fuego;... están orando
En su eterno silencio las montañas.

"En medio de aquel pueblo prosternado
Ante Jesús, que las tristezas calma,
Junto a un peñasco, de su abuelo al lado,
Carmen los dulces ojos ha cerrado
Para ver a su Dios con toda el alma".

No cabe en los límites de un prólogo entrar en más prolijas consideraciones críticas sobre este conmovedor idilio trágico, bien oliente a boldo y a alhucema, a arrayán y yerba *mota*, humilde drama de corazones campesinos desbordante de ingenuidad y sentimiento.

Avalora todas las obras del señor Contardo una cualidad difícil de precisar, si no es con el término un tanto vago e indefinible de simpatía, cualidad que resulta de una benevolencia comunicativa y franca que trasciende al lector, y que así emana de las ideas mismas como de la elocución, casi siempre natural y diáfana. Jamás el poeta se yergue como un vidente, para hablar desde su trípode en lenguaje sibilino con el fin de sustraerse al contacto del vulgo.

El poeta que, obedeciendo no tanto a su carácter cuanto al deseo de mostrarse como un ingenio único y superior, se aísla y retrae cuando escribe, vuélvese ininteligible para el público, cuyas ideas y sentimientos parece desconocer o se niega a compartir. Y el público, antes instintiva que deliberadamente, hace con él lo que Virgilio aconsejaba a Dante al referirse a los egoístas:

“Non ragionam di lor, ma guarda e passa”.

Sube de punto el aislamiento del poeta y el consiguiente retraimiento del público cuando aquél envuelve sus lucubraciones en un estilo relleno de metáforas alambicadas y de imágenes inconexas, orfebrería de baja ley, con engaste de piedras falsas. Estos y otros ingredientes entran en la confección de un

“poeta al uso;
que él tampoco entedió lo que compuso”,

según dijo Lope de Vega por algunos revolucionarios de su tiempo.

El que huye de lo natural y se enreda en la maraña de lo rebuscado y artificioso se hace, a sabiendas, frío, huraño, e incomprensible, ya que nadie ha de darse el trabajo de aclarar con notas, apostillas o comentarios tan endiablada algarabía.

No así en nuestro poeta, donde todo es verdaderamente inspirado, sincero, y concordante con los movimientos afectivos del alma humana. Su forma expresiva es rica y a las veces opulenta. En tal o cual ocasión se le desmanda la fantasía, que es en él poderosa y lozana, y se despeña en alguna metáfora sutil o remota (como tuve oportunidad de notarlo, al pasar, respecto de un **florecer de armiño**); pero tales deslices son raros, no es amaneramiento ni artificio: y después de todo, una golondrina no hace verano.

Respecto de la versificación, o más propiamente dicho, de los metros, sólo me cabe observar una cosa. El alejandrino a la francesa, como lo denominó don Andrés Bello, o sea el alejandrino castellano del período ante-clásico, usado uniformemente en composiciones largas o prodigado con extremo, resulta sobremanera monótono y lánguido a nuestro oído.

“El mes era de Mayo, un tiempo glorioso
En que facen las aves un solaz delситoso.
Son vestidos los prados de vestido feroso;
Da suspiros la duenna, la que non ha esposo”.

Ese martilleo constante del acento rítmico en la sexta sílaba produce el efecto del andar de un cojo, es la pierna de palo o la muleta que golpea con fastidioso insocronismo. Compárese con esta estrofa de Zorrilla:

“Llebadme a las regiones tan vagas como bellas,
 En las que Dios al genio da espléndida mansión
 En kioskos luminosos, labrados con estrellas;
 Do de las tempestades no alcanzan las centellas,
 Do el sol no llega, y soles, de Dios los ojos son”.

¡Cuán armoniosamente suena esta estrofa a causa de la variedad del ritmo de sus versos! Qué bien parece aquí el alejandrino antiguo, el de Berceo, entreverado a discreción con el moderno, que, llamaremos del siglo XIX, pues debe al romanticismo su forma yámbica absoluta, de que también se ha abusado hasta dejarlo de sobra. No puede negarse que discretamente combinados ambos, dan una música agradable y no empalagosa.

Por lo demás el señor Contardo construye su frase métrica con cierta libertad, de suerte que no siempre y forzosamente coincide la proposición gramatical con el verso.

Esto y su predilección por el alejandrino lo emparentan con la moda poética del día. También ha tomado de ella, aunque juiciosamente por supuesto, la tendencia al predominio del elemento imaginativo, mas no tanto que anague y diluya su idea en el cespado oleaje de tropas y figuras en sucesión inacabable: no nos con-

dena a metáfora permanente. Y otra cosa hay, sobre todo, que lo separa de la moda circundante, y esta cosa es el sentimiento ideal, esa moción de los afectos que cual nimbo luminoso envuelve todas sus producciones: no son ellas flores de papel; son flores vivas, frescas, aromosas; muchas ostentan rocío de lágrimas; todas se abren y sonríen y diríase que palpitan a los rayos del sol de la belleza.

Esta publicación de sus poesías la hace el señor Contardo (venciendo naturales recelos), a fin de subvenir con el producto de su venta a necesidades apremiantes de su parroquia y muy en especial a la reparación de su templo. Laudable propósito es, ¿quién osaría negarlo? Con todo, si no alcanza a restaurar con ellas el templo de argamasa y ladrillo, tengo por seguro que conseguirá reedificar en muchas almas el desmoronado templo de lo ideal, de lo grande y de lo hermoso.

Francisco A. Concha Castillo.

Octubre de 1918.



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

CANTOS DEL CAMINO

POR LOS CAMINOS...

Con la planta segura sobre el suelo,
Cruzando voy del mundo los caminos,
Si bien entre los otros peregrinos,
Mas, vuelta siempre la mirada al cielo.

En la dura jornada, cuando anhele
Saciar la eterna sed, hallo mezquinos
Los manantiales todos... y hay divinos
Impulsos que a mi espíritu dan vuelo.

Y así, tras una estrella: la Esperanza,
Mi existencia por claras o sombrías
Sendas de ensueño o realidad, avanza;

Y aunque el vivir me dió sus desencantos,
Aun vibra el alma llena de armonías
Y tengo el corazón lleno de cantos!...

VOS ANCESTRAL

Aunque ardorosamente amo el siglo en que vivo,
—Robusta edad de empresa, de audacia y de fragor,—
Dentro del alma llevo algo de primitivo,
Algo de ingenuo y rudo, de fuerza y de candor.

Debí ser un callado monje, infantil y esquivo,
En la vieja abadía, absorto en su labor;
O bien un **poverello**, risueño y pensativo,
Que entregara a los hombres su corazón de flor;

O tal vez el rapsoda de una noble Cruzada,
O acaso el fraile obscuro que en su recia jornada
De quimera y de gloria, acompañó a Colón...

¡Y quién sabe si, entonces, al través de la fría
Noche de tanto siglo, vibrara todavía
Mi recuerdo, en la propia o en la ajena canción!...

DEL MUNDO Y DE LA VIDA

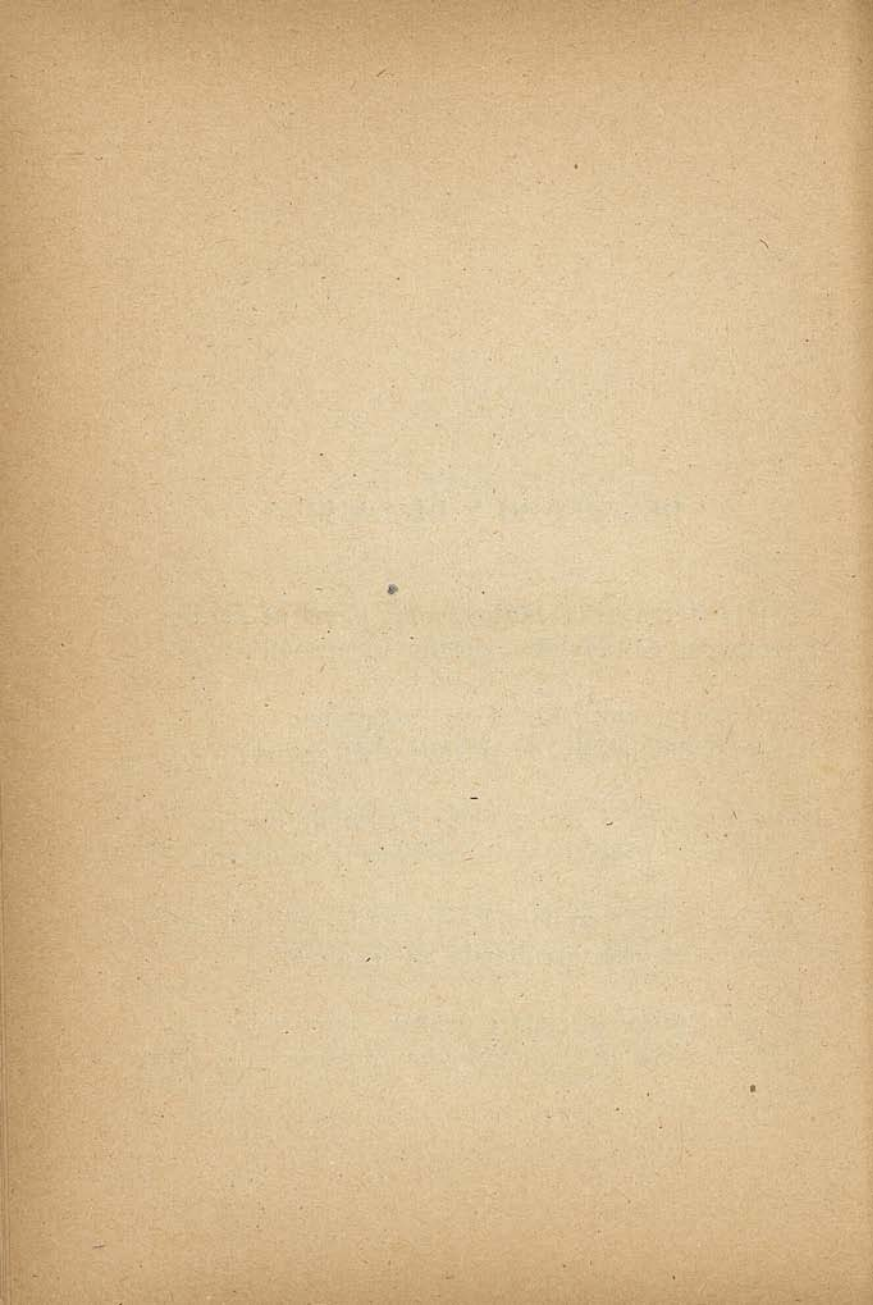
Por la tierra estos cantos, como alondras del día
O campanas del **angelus**, viertan su melodía.

Que vayan repitiendo el eco vagabundo
De los hondos latidos de la vida y del mundo.

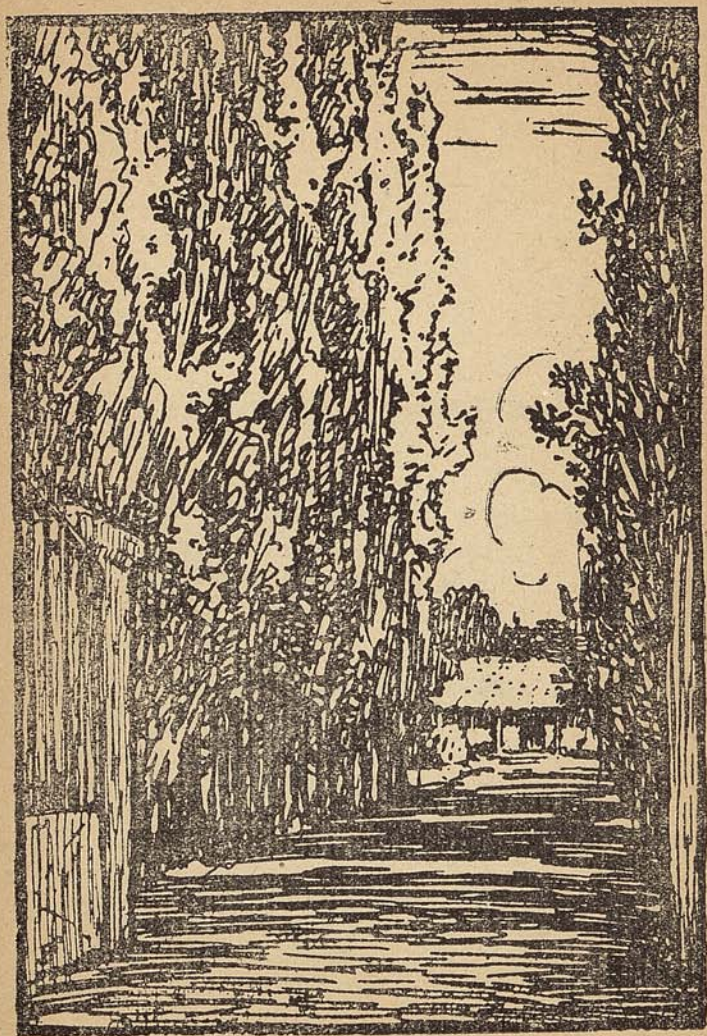
Que dejen en el viento, clara y trémula huella,
Un rumor de plegaria y un resplandor de estrella.

Que en la tarde tranquila o que en la noche en calma,
Si su música pasa arrullando algún alma,

La haga mirar al cielo y pensar, conmovida:
—“¡Hay belleza en el mundo y hay dulzura en la vida!”



LA SOMBRA DEL HOGAR



LA SOMBRA DEL HOGAR

¡Hogar! lejano hogar!... a mis pupilas,
Albo apareces como una ilusión,
Y una dulzura matinal destilas
Dentro del vaso de mi corazón.

Al evocarte, gusto una suprema
Paz en el alma, lejano hogar;
Música de oración y de poema
En mi interior escucho resonar.

¡Hogar! lejano hogar! Se ama o se olvida
Con tu recuerdo el humano dolor,
Y ábrese nuevamente hacia la vida
El corazón, lo mismo que una flor!...

LA CASA DE CAMPO

Los mismo que la tienda de un antiguo Patriarca,
En la quietud campestre, blanco el hogar surgía,
El techo era modesto y la vida era parca
Y había paz y cantos y alegría...

En torno, añosos árboles, palpitantes de nidos,
Repetían, temblando, la música del viento;
Y un jardín, rebosante de ramajes floridos,
Embalsamaba el aire con su aliento...

Era como la tienda de algún Patriarca, Austero
Y bondadoso, el padre; amante hasta el delirio,
La madre; y las dos hijas, puras como un lucero
Y el alma perfumada, como un lirio...

Y, bandada pequeña de pájaros que el ala
Inquieta y suave ofrecen a todos los cariños,
Si por la edad formábamos, "los niños", una escala,
Eramos todos igualmente niños...

Dados los buenos días, nos franqueaban las puertas
Y el jardín era nuestro, en las claras mañanas;
Y de rosas, colmábamos, de rocío cubiertas,
El blanco delantal de las hermanas...

En la mitad de la ardua tarea campesina,
Aromadas las ropas de silvestres olores,
Se gozaba ese alegre bienestar que domina
Cuando en la mesa, con el pan, hay flores...

De la tarde, vagábamos, al resplandor sereno,
Por la vieja alameda, quieta y adormecida,
Con el más pequeñito: suave, tímido y bueno, —
A quien después entristeció la vida!...

Y por la noche, luego que, arrulladora y tierna,
La oración terminaba, era nuestro embeleso
Recibir de rodillas la bendición paterna
Y la dulzura maternal de un beso!

L E Y E N D O

(La hermana triste)

Sobre el peñón, bajo los sauces viejos,
Entre las manos medio abierto el tomo
Que hojeabas, del ocaso a los reflejos,
La frente alzaste, pensativa, como
Si algo escucharas sollozar, muy lejos...

Tus pupilas, de nuevo, sobre el canto
En que nos dice un corazón sus cuitas,
Se posaron, y de ellas bajó, en tanto,
Una gota de llanto a unirse al llanto
Con que estaban las páginas escritas...

V E S P E R T I N A

(El alma dulce y buena)

Fué así, clara y azul, la tarde aquélla!
—Tardes en que, del mundo en el santuario,
Cada lirio silvestre es incensario,
Y lámpara de oro cada estrella.

Con rumores de mística querella
Flotaba sobre el valle solitario
La oración del musgoso campanario
Que entre los techos del lugar descuella.

Murió esa voz... De la montaña bruna
Bajó una garza con callado vuelo
Al dormido juncal de la laguna...

Todo fué paz... Y en la infinita calma
Del día agonizante, subió al cielo,
Como el aroma de una flor, su alma!

NO TE ENGAÑAS

¡Oh! corazón! no te engañas
Si en las ráfagas que siento
Llegar, como un fresco aliento
De mis vírgenes montañas,

Escuchas voces no extrañas
Que dicen, con dulce acento:
“Te mando un beso en el viento,
¡Pedazo de mis entrañas!”...

Esas voces, corazón,
—No te engañan los pesares!—
Del hogar lejano son:

¡Qué, del cielo ecos benditos,
Traspasan mundos y mares,
Del materno amor los gritos!

N O S T A L G I A

Lo mismo! Lo mismo!... La casa ruinosa
Y viejo, y sombrío y solitario el parque!
Llorando la fuente su mustia elegía...
Del jardín las rosas abiertas... Como antes
En la noche clara y azul, las estrellas
Palpitan calladas... Y sobre el estanque ,
Todo rodeado de paz y silencio,
Sus ramas inmóviles inclinan los sauces.

Lo mismo! Lo mismo! Como si un remanso
La vida aquí hiciera... Igual! Y como antes
Yo siento nostalgia infinita... Yo siento
Un frío en el alma... Mi techo!... Mi madre!...

Frascati, Italia—1900.

A UNA GOLONDRINA

Solitaria golondrina
Que, el ala envuelta en el velo
De la niebla matutina,
Atrás dejas la colina,
Buscando el azul del cielo!

¿No escuchas que cuanto existe
Canta un himno en notas santas,
Al que al alba rosas viste?
¿Por qué, entonces, vuelas triste?
¿Por qué sólo tú no cantas?

¿Te alejas, sintiendo angustia,
Al mirar que se avecina
Con sus chales de neblina,
La estación helada y mustia?
—Si eres ave peregrina,

Que, atravesando la mar
En busca de un sol de estío,
Vas por acaso a anidar
En el viejo caserío
Donde blanquea mi hogar.

Tus alas tiende hacia el techo
Bajo el cual, humilde, habita
La que un santuario en mi pecho
Tiene: mi madre bendita!
Allí un nido hallarás hecho.

Un nido de blandas plumas,
Que teje a las golondrinas
Un ángel de gracias sumas,
Cuando se alejan las brumas
De las montañas andinas.

¡Tú misma, tú misma, acaso,
Con alegres compañeras
Has, en otras primaveras,
Anidado en el regazo
De esas blandas plumas!...

Eras

Tú, talvez, la que solías,
A las lumbres matinales,
Entre las yedras sombrías,
Cantando tus alegrías,
Aletear en mis cristales!...

¡Feliz tú! Feliz que, cuando
En busca de amor y abrigo,
A mi hogar llegues cantando,
Hallarás tu amigo bando,
Hallarás tu techo amigo!

¡Si volara yo a tu lado!...
Tú verás, ahora desierto,
El rincón en que he soñado
Tantas veces, embriagado
Con las ráfagas del huerto;

Del huerto en que florecía
Aquel blanco rosalito,
Que ahora la madre mía
Con dulce melancolía
Y con amor infinito,

Riega siempre que el sol posa
La sien en la mar sombría;
Procurando, así, piadosa,
Que nunca falte una rosa
Para la Virgen María.

Mientras besaba mi frente,
Llorando, al partir, me dijo
Muy triste, muy dulcemente:
—“Sé bueno, sé un santo, hijo;
“Ténme en tus rezos presente”.

“Yo, con amor maternal,
“Siempre del altar al pie,
“De tu Madre Virginal,
“Mi oración perfumaré
“Con rosas de tu rosal!”—

* * *

¡Vuela, vuela, golondrina!
Llega a la blanca ventana
Donde la yedra camina,
Tejiendo agreste cortina

De mi madre... Allí está ella,
Sobre la cabeza cana.
Siempre que, velada en tul
De claridad casta y bella,
—Albo lirio en lago azul!
Brotó la primera estrella.

Un día—fué un bello día
De los de estío, risueños—
Mientras el sol se moría,
Le hablaba a la madre mía
Del porvenir... de mis sueños,

Mis sueños de adolescente...
Me oía en silencio, cuando
Vi entristecerse su frente;
Miróme muda y sonriente...
¡Y me abrazó, sollozando!

¡Oh! ventana en la que obscuras
Yedras las auras agitan,
Siempre en mi recuerdo duras
Porque en tus yedras palpitan
Mis penas y mis venturas!

¡Cómo olvidarte pudiera,
De mi madre ¡oh compañera!
Si su llanto recogiste,
Cuando en la tarde postrera
Me dijo triste, muy triste:

—“Bajo estos árboles viejos,
“Yo estaré, en esta ventana,
“A los últimos reflejos
“Del crepúsculo, mañana...
“¡Y tú tan lejos, tan lejos...!”

* * *

¡Vuela, llega, golondrina,
A aquella ventana!... Acaso
Mientras rojo el sol declina
Por la esfera cristalina
A sepultarse al ocaso.

—Que yo soy el que te envío,
Díla, tierna mensajera;
Que huyendo el invierno frío,
Vas a buscar primavera
Al humilde techo mío;

Que en una tarde muy bella,
Al pasar por mi ventana,
Oíste amante querella
Que hacía, pensando en ella,
A la Virgen Soberano;

Que cuando el ala agitaste
En busca de auroras nuevas,
En el aire en que te elevas,
Mío un suspiro encontraste
Y a su corazón lo llevas!

Que lejos, lejos del suelo,
A tu lado, solitaria,
Pasó con tranquilo vuelo,
De su hijo una plegaria
Que elevándose iba al cielo.

Que en las azules regiones
Has visto a un ángel sonriente,
Que en lluvia de bendiciones
Mis lágrimas y oraciones
A derramar va en su frente!—

Italia, Otoño—1900.

COMO CUANDO ERA UN NIÑO...

En la noche de Octubre, fresca y limpia cual una
Alborada naciente; toda llena de luna,
De fragancia y silencio, de soledad y encanto,
Envueltos en su calma como si fuese un manto,
Mi madre y yo callábamos, sobre el balcón abierto
Que se asoma entre yedras hacia el jardín y el huerto.
—¡Nunca sentí tan dulce la luz de cada estrella,
Ni hallé una paz tan honda como en la noche aquélla!—
Mis manos en sus manos, mirábamos absortos
La belleza del mundo, sintiendo que en los cortos
Instantes palpitaba la eternidad...

Suprema

Melodía de canto, de plegaria y poema
Flotaba en la profunda soledad...

De las rosas,
Y de las blancas ramas en flor, que, silenciosas,
Tendía hacia el misterio de la noche una acacia,
Se exhalaba un aliento de frescura y de gracia,

Y a la luz de los astros, en la paz recogido,
Nuestro balcón tenía la suavidad de un nido...

—“¡Dios es grande y es bueno!”—la anciana, pen-
[sativa,

Dijo, sin que dejara de mirar hacia arriba.
Y añadió:—“Bueno y grande, el Señor de los cielos
“Y la tierra, ha colmado mis más hondos anhelos,
“Al permitir que sean en mi invierno sombrío
“Tus manos consagradas, mi sostén, hijo mío!”
Y vuelto a mí, su rostro, que fatigó la vida,
Me pareció que estaba radiante. Y en seguida,
Temblorosa de pena y de ternura:—“Hijo,—
Con una voz profunda, como soñando, dijo:
—“Tú para mí eres todo; tú solamente existes,
“En la tierra desierta, para mis ojos tristes!”

Y fijó largamente sus ojos en mis ojos;
Y como quien disipa del vivir los enojos,
Por el amor materno transfigurada; llena
La faz de una alegría luminosa y serena,
Pasó por mis cabellos, trémula de cariño,
Su mano arrulladora, como cuando era un niño.
Recordó, sonriendo, cuán largo tiempo hacía
Que no la acariciaba—¡dos meses!—: desde el día
En que el sagrado signo quedó en mi frente impreso;
Y suplicó:—“Hijo mío, como antes, dame un beso!”

Parecía una santa... Diáfanas y tranquilas
—Dos lejanos luceros—daban luz sus pupilas;
Como en las catedrales, en sus albos cabellos

La luna colocaba un nimbo de destellos,
Y había una apacible claridad difundida
En su pálido rostro, que fatigó la vida...

Cual una primavera, se me llenó de arrullos
El corazón y todo me floreció de armiño:
—“¡Madre! ¡mi amor!”—la dije; me eché en los bra-
[zos suyos,
Y la cubrí de besos, como cuando era un niño!...



I.

Bebíendose las lágrimas, serena,
Mil veces me besó en la despedida;
Pero al verme partir, tembló su vida
Y el corazón se le rompió de pena!...

Sobre el pecho las manos, dulce y buena,
Dicen que estaba, al parecer, dormida;
Que de una paz austera y recogida
Su fatigada frente estaba llena.

La llevaron al campo silencioso
Donde la muerte esparce su honda calma;
Y en aquel melancólico reposo,

Entre unas tumbas blancas y sencillas,
Está el rincón sagrado en que mi alma
Reza todas las noches de rodillas.

II

Y desde que la rama está caída
Y el viejo nido del amor, deshecho,
Yo siento que algo se extinguió en mi pecho,
En las raíces mismas de la vida.

Pero aún la misión no está cumplida
De la santa mujer, y es más estrecho
Que mientras nos cubría el mismo techo,
El lazo en que mi alma va a ella unida.

Cuando en la senda del deber vacilo;
Cuando mi corazón nostalgia siente
De un afecto muy hondo y muy tranquilo;

Cuando me canso de vivir... ¡es ella
La que un beso de luz sobre la frente
Me envía desde el fondo de una estrella!

III

Y una gran paz me envuelve; y en la grave
Tarea gusto una íntima dulzura,
Y miro arriba claridad más pura
Y el áspero camino lo hallo suave.

Siento un ansia de darme, como el ave
Da su canción y el agua su frescura;
Se dilata mi sér hacia la altura
Y, abierto el corazón, el mundo cabe!...

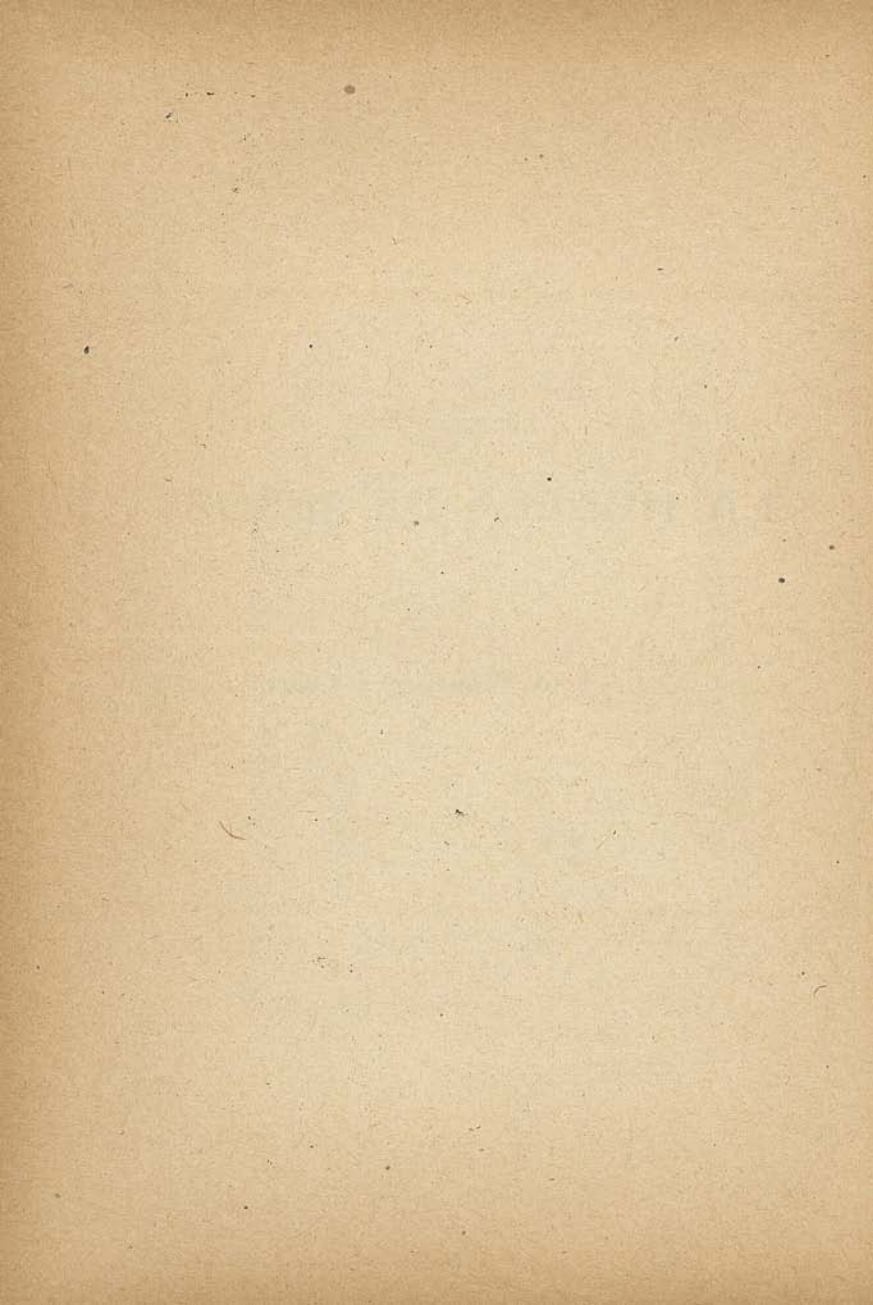
¡Madre! no estás para mi bien perdida!
De la región a que tendiste el vuelo
Tu infinito cariño no me olvida...

Y en la jornada, es mi más santo anhelo,
¡Con tu recuerdo iluminar mi vida
Y con tu amor embellecer mi cielo!...

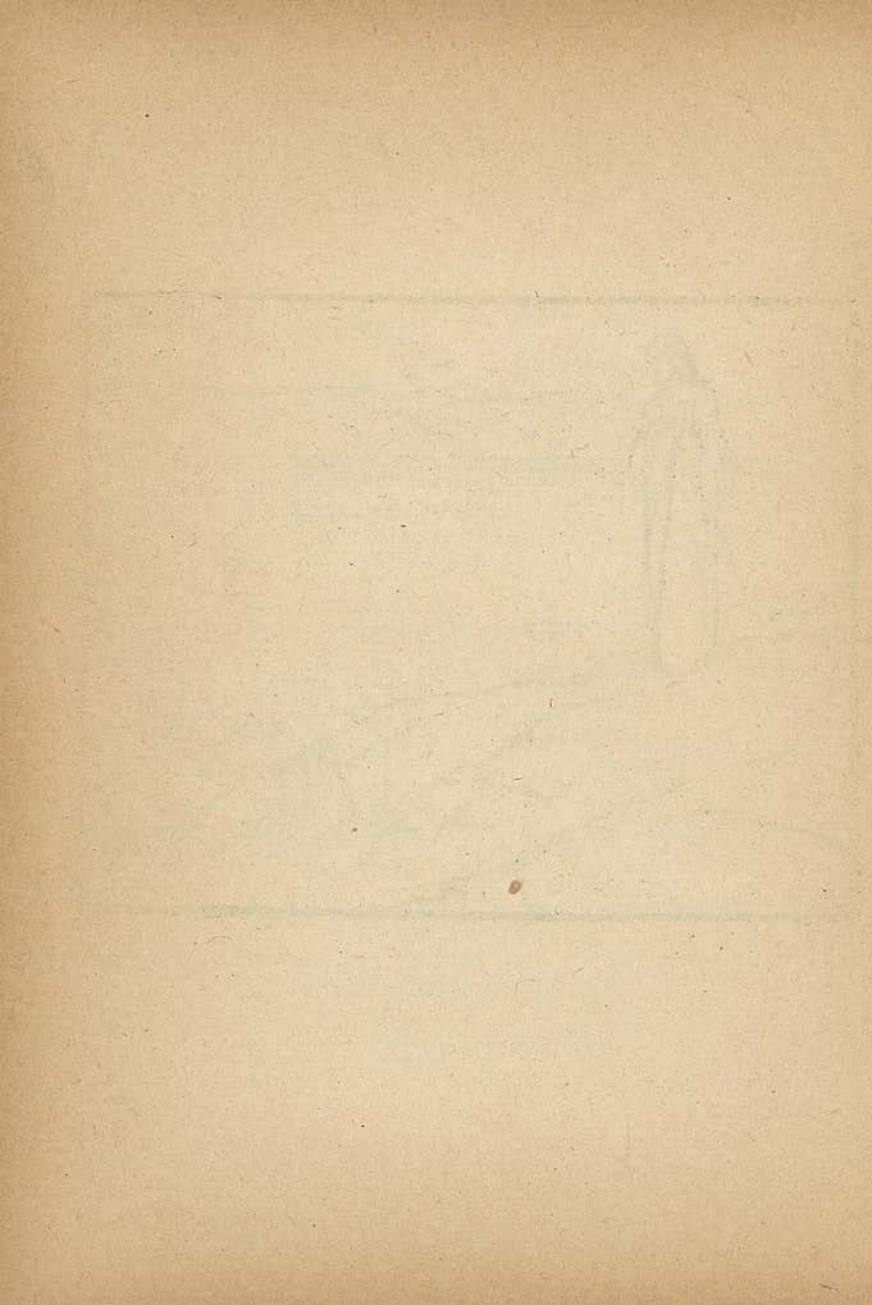
BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

LA HUELLA DE JESUS

A don Francisco A. Concha Castillo







EN EL LAGO DE GENEZARETH

Mientras la tarde baña de dulzura infinita
Las aguas, las riberas y los montes, que son
Los mismos que sintieron su mirada bendita,
Los mismos que escucharon el Divino Sermón;

En una barca ruda, que a recordar invita—
Y teniendo en los labios un temblor de oración,
Voy surcando en silencio el Lago, que palpita,
Misterioso y callado, como un gran corazón...

El horizonte cruza lentamente una vela;
Con las alas inmóviles, un ave blanca vuela;
Se desvanece arriba el postrer arrebol!...

Y en la quietud solemne, entre la luz escasa;
Parece que el Maestro sobre las ondas pasa,
Y su manto es el último relámpago del sol...

CAMINO DE BELEN

Al trémulo fulgor de los luceros,
Desde el campo en que estaban los Pastores,
De los sembrados voy por los linderos,
Y hay rumor de trigal y olor de flores.

Dorada como espiga en los graneros,
Apareció detrás de los alcores
La estrella que ilumina los senderos
Del escondido Sol de los Amores...

Y cuando, recogido y tembloroso,
Por rutas escarpadas y sombrías
Voy llegando al lugar de todo gozo.

Resbalan de la sombra bajo el velo
No sé qué imperceptibles melodías,
Que son como una música del cielo!...

R E T A B L O

Ya José, terminada del día la faena,
En el umbral enjuga de su frente el sudor;
Y la Virgen María, para la parca cena,
Las escudillas lava con sus manos de flor.

De la luna que nace, la claridad serena
Envuelve la Casita, dulce nido de amor;
En el huerto inmediato hay olor de azucena
Y aleteos de tórtolas y agua que hace rumor.

Y adentro.—¿cayó acaso de la altura un lucero?—
Como una palomita que se acoge al alero
Para esperar del día nuevo la nueva luz;

Como un lirio que pliega, para soñar, su broche;
Encanto de los cielos, sol que alumbra la noche,
En su pequeña cuna duerme el Niño Jesús...

EN CANA (I)

Esta tierra es sagrada: recogió estremecida
De Su mano el primero, el suavísimo dón,
Cuando el agua en las ánforas floreció enrojecida
Por la gracia que obtuvo la materna oración.

Y a quí en la casta frente de dulce prometida
Bendijo, y en la frente juvenil de Simón,
El amor que dos vidas confunde en una vida
Y de dos corazones amasa un corazón.

Luego encendió la llama de otro más santo anhelo,
Y las dos almas puras entrevieron el Cielo
En las hondas pupilas del Divino Señor;

Y de las sienes vírgenes, deshojadas las rosas,
Ceñidas de azucenas, se fueron presurosas,
Siguiendo en sus caminos al Amor del Amor... ..

(I) Según una tradición, los esposos favorecidos por el primer milagro de Jesús, en Caná, renunciaron al matrimonio y siguieron al Maestro: él habría sido, después, el apóstol San Simón.

HACIA BETANIA

Bordeando las colinas por rutas desiguales,
A Jesús los Apóstoles siguen de dos en dos;
Y aunque El es el amparo de los humanos males,
Del grupo silencioso nadie hay que vaya en pos.

Honda tristeza llena sus ojos paternas;
Graves sombras se agrupan en su frente de Dios,
Y al mirar las montañas y el lago y los trigales,
Sus pupilas parece que dijeran: "Adiós"!...

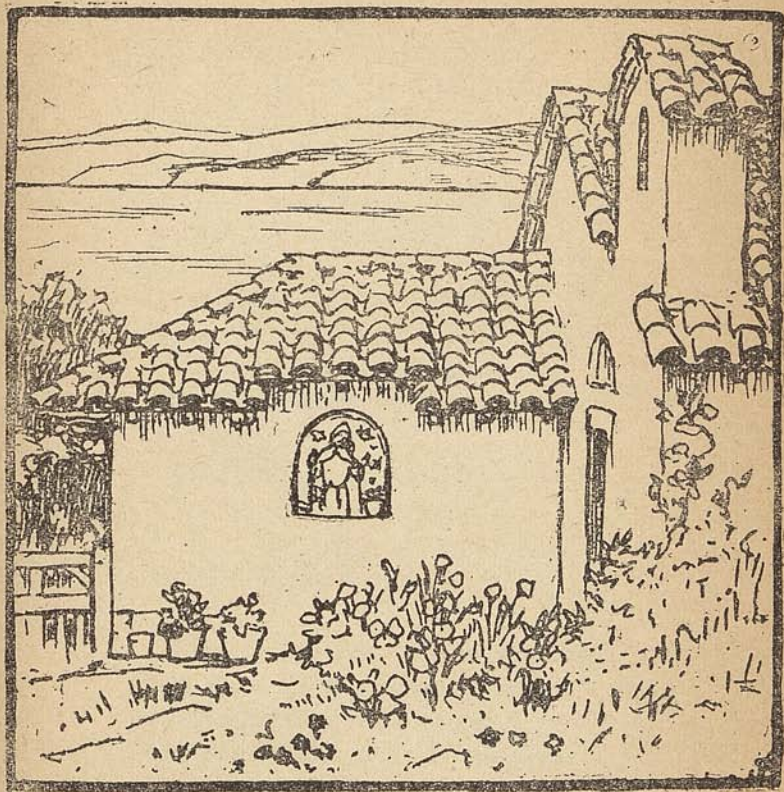
Pueblos duros, a quienes El dió pan y esperanza,
Genezareth no supo recoger su enseñanza,
Galilea no quiso recibir el gran dón;

Y todo desbordante de amargura divina,
Jesús hacia Betania pensativo camina
En busca de un refugio para su Corazón...

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

En el
"REFUGIO FRANCISCANO" (1)

(I) Residencia veraniega en la costa de...



A S I L O

Cerca del mar, en la colina
Inviolable al mirar profano,
—Por más que él todo lo domina—
Está el “Refugio Franciscano”.

En aquel paraje tranquilo,
Sobre el silencio ribereño,
Presta a dos vidas un asilo
Para las horas del ensueño...

Labrado ha sido en blanca piedra,
Y es a la vez que alegre, austero;
El rosal junto con la yedra
Van por sus muros, y en su alero.

Que evoca líneas de la Umbría,
Tiene su hogar una bandada
De pajarillos: cada día
Dan su canción a la alborada.

De la colina en la pendiente
Hay unos rústicos senderos,
Y entre el verdor ríe una fuente
Y pacen bíblicos corderos.

Cuando la tarde en el lejano
Confín despliega su hermosura,
Es el "Refugio Franciscano"
Nido de paz y de dulzura.

Y en las calladas noches bellas,
Desde el agreste desamparo,
Bajo la luz de las estrellas
Se le divisa como un faro...

FRESCO PRIMITIVO

Domina el muro arcaico, de perfecta blancura,
De Francisco, el de Asís, la apacible figura:
La capucha caída sobre la frente pura;
Las manos y el semblante de ascética dulzura.

Alredor del hermano de las aves, su vuelo
Agitan los alegres pajarillos del cielo:
Una tórtola ingenua se posa sin recelo
En su hombro, cual si fuera Francisco un pequeñuelo.

Y hay en torno un ambiente de dulce poesía,
De humildad y de gracia; y hasta la luz del día
Tiene suaves reflejos de nimbo; se diría
Que hay en el aire vagos aromas de la Umbría...

¡Estás bien, Pobrecillo de Asís, en ese muro!
Tras sus líneas arcaicas hay un hogar: obscuro
Misterio para el mundo: en asilo seguro,
Dos corazones forman un corazón muy puro...

L A C E L D A

Entre el cielo y las olas suspendida—
Tal un refugio abierto en la lejana
Roca a las aves que el mar intimida;—
Envuelta en el fulgor de la mañana.

O en la nocturna obscuridad dormida,
La diminuta celda franciscana
Forma como un remanso de la vida,
En que la dulce paz es del silencio hermana.

Hay una gran serenidad en este
Asilo de pureza y de cariño,
Que esculpió el arte en la hermosura agreste.

Fatigado del mar—¡brega afanosa!—
En la pequeña celda, como un niño
En una cuna, el corazón reposa...

A L B O R A D A

El último lucero aún encendido
Está, cuando hoy he abierto la ventana,
Y la aurora de súbito ha invadido
La quietud de mi celda franciscana.

La pequeña terraza toda llena
De maceteros y rocío, nada
En la luz matinal. Una azucena
Levanta su blancura perfumada.

Cerca de mí. Pasa en el viento un blando
Roce de alas tendidas y de vuelos.
Y yo, inmóvil y absorto, estoy mirando
La belleza del mar y de los cielos...

Junto con el rumor de la marea,
Sube el trémulo són de una campana:
Las voces del Océano y la aldea,
Que rezan la oración de la mañana...

Y esas voces se alejan misteriosas
Y van a naufragar en el profundo
Silencio de los seres y las cosas;
Y una mística paz envuelve al mundo.

Me exalta la dulzura que se encierra
En el milagro de la luz que avanza,
Y canto:—“¡Hermano Sol y hermana Tierra,
Digamos al Señor toda alabanza!”

TRAS EL POEMA FRANCISCANO
(Acuarelas de Pedro Subercaseaux)

Dejó el recio pincel, con el que traza
Y parece que esculpe sobre el lienzo
Los viejos heroísmos de la raza;
Y lleno todo el corazón de intenso
Anhelo de creyente y de poeta,
Cruzó los mares y al nacer el día,
Austero y soñador como un asceta
Se perdió en los caminos de la Umbría...

En la paz de los valles recogidos,
En el verdor de las colinas suaves,
En la música agreste de los nidos,
En la luz de los vagos horizontes,
En las capillas místicas y graves
Y en las aldeas que al trepar los montes
Semejan una inmóvil caravana,
La tierra fué entregando al peregrino
Su hondo secreto; y su alma se hizo hermana
Con el alma de Giotto y Perugino.

Tras de las huellas de Francisco, en ellas
Puso ardientes los labios, con cristiana
Humildad y fervor de ensueño... Bellas
Y claras tintas recogiendo fuése
En albas y crepúsculos y estrellas;
Y con los ojos inundados de ese
Fuego interior que enciende en las mejillas
La palidez, llegó hasta el **Poverello**,
Y—el pincel en rocío y luz del cielo
Empapado,—se puso de rodillas...

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA.

MOMENTO MEDIOEVAL

(En una página de I Fioretti)

Sobre la pequeña terraza, que invade
La paz del crepúsculo, he cerrado el libro:
—El dulce poema que exhala un aroma
De ingénua hermosura: la flor que de un siglo,
Todo fe y ensueño, guarda la fragancia,
El candor, la gracia, la alegría, el ritmo:
La suave leyenda del varón que tuvo
Mirar de lucero, corazón de lirio,
Y a quien la cigarra, la tórtola, el lobo
Y la luz, llamaron: “Hermano Francisco!”

Yo que de la Umbría traje el alma joven
Toda resonante de cantos y trinos,
Y toda impregnada de la paz celeste
Que en sus viejos claustros dejó el **Pobrecillo**;
Yo que, cual la fuente la luz de la estrella,
Guardo en el sereno fondo de mi espíritu

La sonrisa pálida con que la penumbra,
Bañan las Madonas en el templo antiguo;
Yo que en las pupilas la visión conservo
De aquellos ocasos graves y tranquilos,
En que las palomas el azul del cielo
Llenan con sus alas, y hacia los apriscos
Bajan por las verdes colinas, tan albos
Como ampos de nieve, los corderos bíblicos;
Me he quedado ahora soñando...

Es eterno

El ingenuo encanto de aquel viejo siglo,
En cuyo horizonte juntos se destacan
La abadía gótica y el feudal castillo;
Edad que aparece de hierro y de gracia
Ceñida, lo mismo que un guerrero-niño;
Siglo de rudezas y candor, que esparce
(Flor y astro es tu santo corazón, Francisco!)
Por la tierra entera, por los tiempos todos,
Albor de luceros y aroma de lirios!

EVOcando UN RECUERDO

En la cripta de Santa Cecilia (Roma)

Claras sombras del alba, los dos hasta el umbrío
Corazón del santuario descendieron. Manojos
De rosas y azucenas cubiertas de rocío.

En sus manos temblaban. Todos llenos los ojos
De misterioso ensueño—nostalgia de otra vida—
Ante la blanca tumba se pusieron de hinojos.

Y eran como una vaga aparición surgida,
De los viejos sarcófagos en la quietud callada
Que convida al recuerdo y a la oración convida...

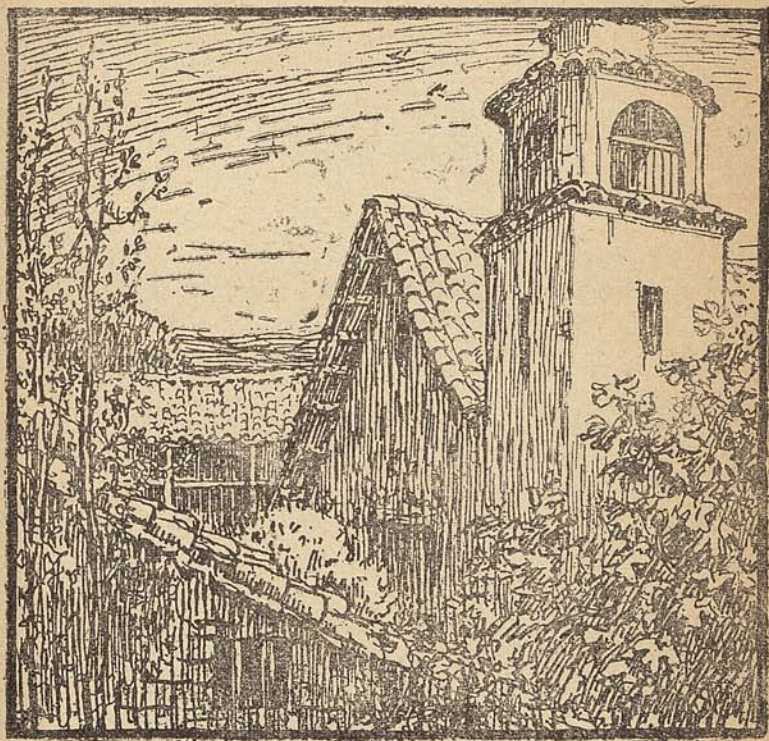
Sentí que hasta el silencio de la cripta sagrada
Con las dos almas puras habían descendido
Todo el aroma y toda la luz de la alborada.

En la mística y grave soledad recogido,
Sirviendo de refugio a un amor tan austero,
Aquel rincón diríase como un celeste nido...

Y bajo las arcadas de piedra, en el severo
Fondo de la penumbra, con su pálido albor,
El mármol parecía el fulgor de un lucero
Que el camino alumbrara de otro mundo mejor...

EN LA PAZ DEL ALBA

Y DE LA TARDE



MES DE MARIA

Primavera cristiana!... Junto con los rosales
Y con los nidos, llegan su aroma y su canción;
Hace venir de lejos frescuras matinales
Y florecer un lirio dentro del corazón...

—Desde arriba, tus dulces pupilas maternales
Abiertas sobre el mundo, Virgen María, son
Dos místicos luceros que en los humanos males
Dejan caer sus lumbres, con una bendición.

Toda alma mira al cielo y se arrodilla y reza;
Pasan sobre las frentes hálitos de pureza;
Y para darte gloria y para hacerte amar.

El universo entero se convierte en santuario,
En que es la estrella un cirio; la flor, un incensario,
Y la tierra, fragante y amorosa, un altar!

LA VIDA EN FLOR

Lo mismo que una gárrula bandada
De pajarillos que ensayaran vuelos,
En el jardín la turba alborozada
Se agita, de los rubios pequeñuelos.

Es en la primavera, y la alborada
Dejó rocío en cada flor. Sin velos
La gracia de la tierra, desplegada
Está bajo la gloria de los cielos.

Y al ver que las caritas luminosas
Asoman su alegría y su belleza,
Botoncitos de rosa, entre las rosas,

Me parece que el mundo ha florecido;
Y el corazón, que a fatigarse empieza,
Se me llena de cantos, como un nido!

LA TUMBA DE LAS ONDAS

“Ayer se ahogaron en el río... las niñas... y... que hacía sólo un mes habían abandonado el colegio”.

(Crónica de los diarios).

Desnudo el albo cuello, recogido el tesoro
De las trenzas, en medio del río soñoliento,
Son dos lirios que yerguen su corona de oro
En la gloria del agua y del sol y del viento.

El eco de las risas juveniles se pierde,
Vibrando, en el silencio de la inmóvil floresta,
Donde, aún tibias, las ropas, bajo el follaje verde
Blanquean, como garzas que adormeció la siesta.

Dos tórtolas se empinan sobre una seca rama
Por oír la rapsodia que hasta el barranco sube...
Hay locos palmoteos: y el bosque desparrama
Un bullicio de pájaros, y de hojas, una nube.

—“¡Más adentro! ¡Hacia adentro! A alcanzar el re-
[manso!

—“¡No! no! que estas corrientes son traidoras y
[malas!

—“¡Sígueme!

—“No! que hay riesgo.—

—“¿Te quedas?... ¡Yo me lanzo!”—

Y avanzó con los brazos abiertos, como alas...

Tras ella, la otra niña, tímida y anhelante,
Repetía.—“¡Detente! Tengo miedo! ¡Detente!”

—“¡Adelante!”

—“¡Hay peligro!”

—“Adelante! Adelante!”...—

Después un ¡ay! unísono resonó. La corriente.

Asió los albos cuerpos con su garra implacable;
Rápida más que el rayo, los arrastró, lo mismo
Que dos flores tronchadas, al raudal insondable...
¡Y un trágico silencio flotó sobre el abismo!

¡Oh! tumba misteriosa! ¡Oh! fría y ancha tumba
De un poema de vida, de juventud, de ensueño!
¡Oh! muerte, en cuyos antros lo mismo se derrumba
Que el fruto ya podrido, el capullo risueño!...

Desventurado el hombre si ante el misterio grave
Del sepulcro, no viese, para calmar su anhelo,
Que al abrirse una fosa, el alma, como un ave,
Tiende las blancas alas hacia el azul del cielo!...

MORS ET VITA

No sé qué pensamiento grave y serio
Llevóme al campo,—a la hora silenciosa
En que hay una tristeza en cada cosa,
Del crepúsculo gris bajo el imperio.

Llégué, tras un sauzal, al cementerio,—
Nido en que a meditar la Fe se posa,
Y en donde al alma del que niega acosa
Con sus garras de sombras el misterio...

Vieja pared traspuse, derruída
Por las lluvias y el tiempo...—Allí flotaba
La paz eterna que a soñar convida;

Y de la tierra húmeda y florida,
Calladamente al cielo se elevaba
Algo como un perfume de la vida...

L A G R I M A S

Una suave dulzura

Me llena el sér: más fresco está y más blando
Mi corazón, lo mismo que la tierra

Que la lluvia ha mojado:

Me siento más humilde y compasivo:
Me hallo más indulgente y más humano;
Para mirar al cielo, están mis ojos
Más claros y más limpios...: ¡he llorado!

EN EL CAMINO

Estaba sollozando, sacudida
Como una flor por la tormenta ruda,
Y en su angustiada sien descolorida
Vi toda la tragedia de una vida
Y en sus ojos, temblar su alma desnuda.

Se puso a balbucir quedo, muy quedo:
“El huracán de esta pasión apaga
“Las luces de mi senda: tengo miedo!
“Bajo el zarpazo que eludir no puedo,
“Sangra todo mi sér, como una llaga...”

Y de nuevo, convulsa, palpitaba
Como un enfermo corazón... La vena
De su llanto era la encendida lava
De un oculto volcán... Y se quejaba,
Gimiendo de dolor: “¡Quiero ser buena!”

En aquel sollozar de honda tristeza
Había tan amargo desconuelo
Y había tal nostalgia de pureza,
Que dije al alma atormentada: “¡Reza!”
Y al corazón llagado: “¡Mira al cielo!”

Se inclinó... Con las manos temblorosas
Y escuálidas, cubrió su faz doliente;
Y en una de esas calmas angustiosas
En que palpita el alma de las cosas,
Como un pájaro herido, hundió la frente.

Un instante no más; pero ese instante
Fué como breve eternidad... Su queja,
Cada vez más callada y palpitante,
Se extinguió en un gemido sollozante,
Eco de la tormenta que se aleja...

Después se enderezó, pálida y bella,
Lirio todo bañado de rocío;
Era su rostro el cielo en que una huella
Dejó la tempestad; y hacia una estrella,
Juntas las manos, murmuró: “¡Dios mío!”

Y como un mármol que su albor perfila
En la paz del crepúsculo muriente,
Se puso a orar, inmóvil y tranquila,
Llena de austera calma la pupila,
Y de un sereno resplandor, la frente...

NOCTURNO

En el ribazo, ante una oscura fila
De robles, el **chalet** sus líneas bellas,
Como un castillo medieval, perfila,
Coronado de sombras y de estrellas.

Por el abierto ventanal, que empieza
A esclarecer la luna con sus lamos,
Dice Chopín su mística tristeza
A la paz y al silencio de los campos...

Y del **Nocturno** cada acento brota
Melancólico, dulce, estremecido,
Lo mismo que una lágrima hecha nota,
O el fulgor de un lucero, hecho gemido...

¡Qué profunda emoción!... Nadie alcanzara
A traducir así la angustia ajena,
Ni con ajena voz así lograra
Contar del propio corazón la pena!...

Palpita en esa música un lamento
Que en humano lenguaje no se nombra:
¡Nunca, bajo el azul del firmamento,
Más triste un alma suspiró en la sombra!...

Mientras se apaga la llorosa queja,
Al mirar el **chalet** que inmóvil yergue
Su mole gris ante la selva vieja,
Pienso que de un dolor es el albergue:

De un dolor grave y hondo, que ha querido
En la tierra morir sin dejar rastros,
Y en la desierta soledad perdido,
Su cuita dice al bosque y a los astros...

ANGELUS DE INVIERNO

De los cielos nublados baja grave tristeza
Y por la tierra cunde un temblor de agonía;
Entre la niebla se oye la campana que reza
Y parece que llora por la muerte del día.

Es el místico instante en que a ascender empieza
La universal congoja, como bruma sombría,
Un refugio buscando, y paz y fortaleza,
En el materno amparo de la Virgen María.

Señora! yo te imploro por esta pena ardiente
De los hombres, que pasa, dejando, silenciosa,
Un pliegue en cada labio y un surco en cada frente!

¡Piedad! piedad! Señora, de este dolor profundo,
En que, con la plegaria del ángelus, solloza
Toda la vieja angustia del corazón del mundo!

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

HORAS OBSCURAS



DESOLACION

Sobre el mar, en la noche, la oscuridad profunda
Me envuelve en su callado y misterioso horror.
No hay una sola estrella que su fulgor difunda
Desde arriba. En el aire, no hay un solo rumor.

Para llorar, buscando la soledad, fecunda
En ásperos consuelos, me he aislado en mi dolor.
De silencio y de sombra mi espíritu se inunda,
Mientras en paz descansa todo a mi alrededor.

Y hundido en las tinieblas, sobre el barco dormido,
Soy en el universo un átomo perdido
Que cruza, tembloroso, la inmensidad; y son

Mis sollozos el grito de toda humana angustia:
Todo el mal de la vida pesa en mi frente mustia:
Todo el dolor del mundo está en mi corazón!...

EN EL DESIERTO

Bajo el fulgor perenne de las constelaciones
Que vieron, por tierra, como sombras, pasar
Del frágil polvo humano dos mil generaciones,
la pirámide surge como un enorme altar.

Con su sueño de siglos duermen los Faraones
En la entraña de piedra de este inmóvil hogar;
De osamentas de pueblos son tumba estas regiones,
Como la esfinge, mudas; inmensas, como el mar.

En el hondo silencio de este mundo que encierra
Tanto viejo misterio, tanta vida hecha tierra,
Palpo que toda carne es sólo vanidad.

Y mientras en el aire pasa como un aliento
Milenario, de muerte y de fatiga, siento
Sobre este gran cansancio pesar la eternidad!...

TU CORAZON

Fueron largas y frías esas horas oscuras
En las que por la sombra te buscaba, Señor,
Sin que un solo lucero brillara en las alturas,
Y sin que en el camino se entreabriera una flor.

Desgarradas las plantas por las espinas duras,
Y la frente cubierta de polvo y de sudor,
Como un ciego, iba a tientas, destilando amarguras
El espíritu, y todo transido de pavor.

Triste siervo, de espanto la carne estremecida,
Caminaba, sintiendo todo el mal de mi vida,
Señor, y osaba apenas implorar compasión...

Pero, sonó tu acento, como un canto lejano:
Mi mano temblorosa, para buscar tu Mano
Extendí en las tinieblas... ¡y palpé un Corazón!...

EL LLAMADO

Señor, Tú sabes cómo, con implacable mano,
La vida abrió en la entraña de mi sér una herida;
Cómo me hallé perdido entre el tumulto humano
Y apuré toda, ¡toda! la angustia de la vida.

Señor, Tú sabes cómo todo intento fué vano
Para curar la llaga sangrienta y dolorida;
Cómo temí en la sombra y temblé ante el arcano
Y se perdió en la noche mi queja estremecida...

Tus palabras entonces me llegaron, suaves
Mas que el materno arrullo sobre un niño dormido...
Me detuve en la senda, Señor, Tú bien lo sabes;

Me arrastré a tu regazo, como un pájaro herido,
Y fué en aquellas horas de tus destinos, graves,
Para mi inmensa angustia, tu Corazón, un nido!...

LA VOZ EN LA NOCHE

Mientras arriba tiemblan los astros, un sombrío
Pensamiento me abruma... Parece que durmiera
La ciudad; pero siento, con espanto, Dios mío,
Que se agita el nocturno reposo de una fiera.

Perturbación; y advierto que, como un negro río
Que al abismo en la torva obscuridad corriera,
La locura del mundo va, con siniestro brío,
Persiguiendo en las sombras el mal y la quimera...

Y al pasar el torrente de muerte y de pecado,
Arrastrando a los hombres en sus senos espesos,
Escucha mi doliente corazón, consternado,

Una Voz que repite:—"¡Vela, pastor, por esos!":
"A tu afán vigilante mi Amor los ha entregado!"—
¡Y de pavor se llenan mi espíritu y mis huesos!

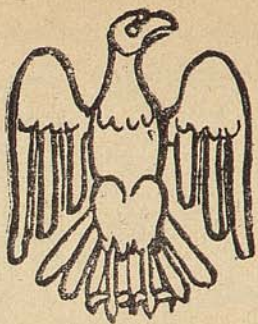
ESTRELLAS EN LA SOMBRA

Amo, Señor, tus sendas, y me es suave la carga
(La tocaron tus hombros) que en mis hombros pusiste
Pero, a veces, encuentro que la jornada es larga;
Que el cielo ante mis ojos de tinieblas se viste;

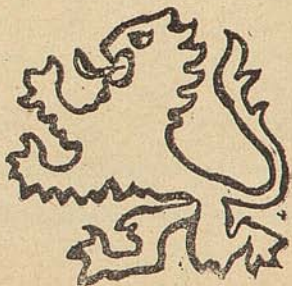
Que el agua del camino es amarga... es amarga;
Que se enfría este ardiente corazón que me diste;
Y una sombría y honda desolación me embarga
Y siento el alma triste; hasta la muerte, triste!...

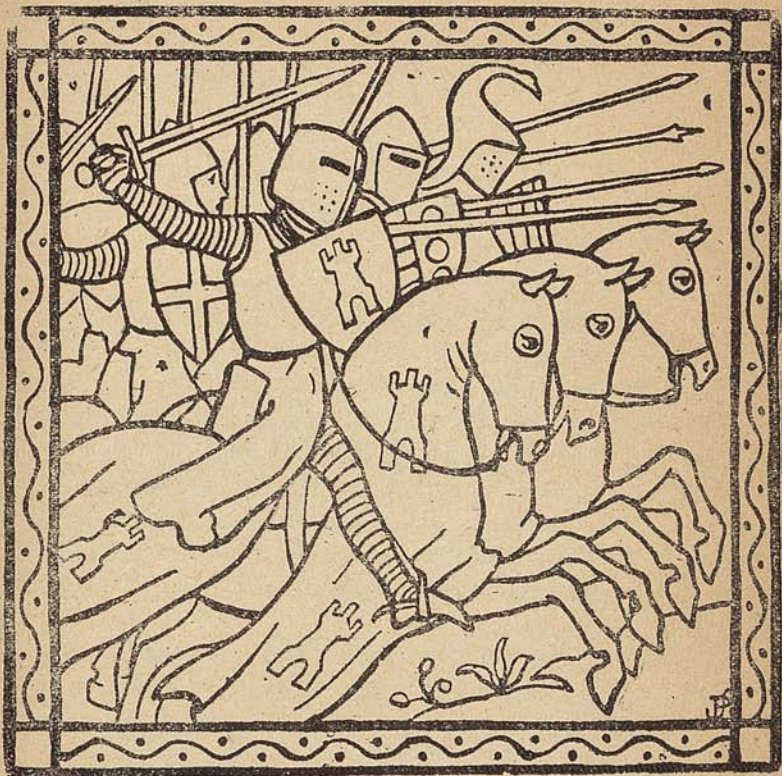
El espíritu débil y la carne cobarde,
Lo mismo que el cansado labriego, por la tarde,
De la dura fatiga quisieran reposar...

Mas, entonces me miras... y se llena de estrellas,
Señor, mi oscura noche... Y detrás de tus huellas,
Con la cruz que llevaste, me es dulce caminar...



EL CANTO HEROICO





SONETO A ESPAÑA

¡España! heroica abuela de cien generaciones
Que en selva de laureles convirtieron la tierra;
Reina que conquistaste, en la paz y en la guerra,
Con la cruz y la espada, tus egregios blasones;

No existe mar obscura ni desolada sierra,
Que no hayan oprimido tus épicos galeones
O el casco resonante de tus fieros bridones,
En todo lo que el curso de los astros encierra.

Hoy descansas... Los necios hablan que decaída...
¡Decaída la raza que dió vida a la vida,
Que amamantó los pueblos a su seno fecundo!...

El austero cansancio de tu sien que reposa,
Es la augusta fatiga, la palidez gloriosa
De la madre sagrada que diera a luz un mundo!

A PEDRO DE VALDIVIA

I

Paladín de la raza, pensativo y severo,
Hidalgo como un príncipe, fiero como un león,
Que el mar atravesaste, revestido de acero,
Para traer la gloria de España a este rincón .

Extremo de la tierra; soldado-caballero
Del yelmo más erguido y el más puro blasón:
De todos los laureles del heroísmo ibero
Los de tu ruda gesta, los más gallardos son!...

Porque tú los segaste en la floresta brava
En cuyo seno el cóndor junto al puma anidaba:
La raza ebria de vida, de libertad y sol...

Y al chocar, centellantes, tu espada con su lanza,
Se vió que, si invencible de Arauco es la pujanza,
También es invencible el empuje español!

II

Al frente del cortejo de recios castellanos,
Resonantes de hierro ,sobre el bridón sin par;
Al través de los hoscos reductos araucanos;
Del desierto a las islas, de la montaña al mar,

En cada áspero monte fueron tus duras manos,
Junto al fortín de piedra levantando un hogar,
Mientras—rojos trofeos—hacían, por los llanos,

Así, entre los rugidos de la indomable indiada,
Ensangrentadas testas de caciques rodar...
Abrió en el suelo heroico ancha herida tu espada,
Y tallaste en granito, fuerte Conquistador,

De Chile los sillares... Sobre él tu inmensa sombra
Cuatro siglos proyectan, y hoy un pueblo te nombra
Abuelo de la Estirpe, de la Patria hacedor!

HOMENAJE A ISABEL LA CATOLICA

en el día de la raza

Reina Isabel, que encarnas el genio y el decoro
De la raza que hizo florecer de epopeyas
Los grandes siglos, vaya, rudamente sonoro,
El canto de la América—salmo de hierro y oro—
A saludar tu Sombra coronada de estrellas!

I

Es hija tuya, ¡oh! Reina de los altos destinos!
Esta América joven, que marca los caminos
Del futuro a los pueblos: que en su seno fecundo
Carga el peso sagrado del porvenir del mundo...
Hija tuya es la América: nació de las entrañas
De tu espíritu inmenso; y todas sus montañas
Con sus rugientes cumbres, y sus mares salvajes
Con la voz de sus vientos y el trueno de sus olas,
En sinfonía eterna te rinden homenajes
Al contar a los siglos las glorias españolas!...

II

Debieran ser, ¡oh! Reina de las empresas grandes!
Tu ave heráldica, el cóndor; tu pedestal. Los Andes:
Que América es la áurea flor de tu gloria homérica;
El astro que fulgura en tu frente, es América!...

Ni al llevar a las Cortes de Toledo tu manto
Real: ni cuando montas tu palafrén de guerra,
Ceñida la armadura que realza tu encanto,
Ante las huestes que hacen estremecer la tierra;
Ni cuando, soberano, tu excelso genio brilla
Al fundir las coronas de Aragón y Castilla;
Ni cuando, la siniestra Media Luna eclipsada,
La bandera de Cristo despliegas en Granada;
Ni cuando, con Gonzalo de Córdoba en consejo,
Proyectas nuevas glorias; ni cuando con el viejo
Cisneros, a los muros del Templo allegas hombros
Para impedir que el Templo se convierta en escombros;
Ni cuando, con Nebrija, a las letras amparas;
Ni cuando, con Mendoza, sobre las leyes velas:
¡Nunca, Isabel, la frente tan alto levantarás,
Como al lanzar, en Palos, al mar tus carabelas,
Que, el timón en las manos del genio vagabundo,
Perdido en los océanos van a buscar un mundo!...

III

Blanco fantasma inmóvil, cuyas sienes la aurora
Ornar con sus diamantes luminosos ensaya;
Sobre el pecho los brazos, como quien sueña y ora,

Pensativa y augusta miras desde la playa,
Lo mismo que si fueran las alas extendidas
De tres aves que emprenden rutas desconocidas,
Del remoto horizonte tras la confusa raya
Las velas ocultarse... Tu pupila vidente
—Estrella azul que rompe del misterio la niebla—
Extática se hunde en el vasto Occidente...
¡Y florece el prodigio!... — Primero, vagamente,
Después, en luz gloriosa, la soledad se puebla,
De las ondas lejanas:—“Hay luceros de oro
Que expiran en el seno de las albas triunfales;
Y de salvajes águilas bajo un vuelo sonoro,
Con dos mares por cuna, como en claros pañales
Envuelto en un crepúsculo matinal,—rosa, armiño,—
Aparece a tus ojos, durmiendo, un Mundo Niño,
Que siente sacudirse su rudo corazón,
Cuando por ti lo besa en la frente, Colón...
Y al pie de los volcanes que empenachan la tierra,
La gigantesca tierra, toda orlada de espumas,
Que de los nuevos siglos los gérmenes encierra,
Agitarse divisas—fantasmas entre brumas—
Desnudos y bravíos lo mismo que alimañas;
La hirsuta cabellera ceñida en haz de plumas;
Persiguiendo a flechazos los cóndores y pumas
Por las hondas florestas y las agrias montañas,
O haciendo,—negros lobos,—a lo ancho de los ríos
Inmensos como mares, alardes de sus bríos;
O arrancándose, entre ellos, los duros corazones
A zarpazos, lo mismo que tigres y leones,—
Los hombres de la selva, que en hoscas espesuras,
Entre fieras y buitres, esconden sus guaridas:

Las razas de la noche, cuyas sienes oscuras
Se hacen menos sombrías, a medida que avanza
Al través de las mudas soledades dormidas,
La Cruz de Jesucristo, como un sol de esperanza!...”

.....
.....

En la visión absorta, pálidas tus mejillas
De lágrimas se inundan; luz de misterio baña
Tu noble faz; tendidos los brazos, te arrodillas
Y en la quietud solemne que en torno te acompaña,
—Alto silencio, todo lleno de maravillas—
Al universo dices: “¡Por Dios y por España!”

IV

Tal, Isabel, tu Gesta. Otra mayor no existe,
En cuanto la ancha curva de los siglos abraza:
Dándole al mundo un mundo, el orbe engrandeciste
Para que en él cupiera la gloria de tu raza!...

La recompensa tuvo, en su sueño cumplido,
Tu corazón de Reina, cristiano y español:
Tus perlas entregaste al mar y, agradecido,
El mar te dió la América, que en tu diadema es sol.

Y mientras en el cielo la Cruz del Sur alumbre;
Mientras extienda un cóndor sus alas en la cumbre;
Mientras arda en los montes una flor de copigüe
Y el rugido de un puma se eleve a las estrellas,
Y mientras el Océano el fragor no apacigüe

Con que refiere al mundo las viejas epopeyas;
Mientras de hablar tu lengua América no cese;
Mientras del misionero no se borren las huellas;
Mientras la Raza cante y se arrodille y rece;
Mientras, aquí, de un solo ideal queden rastros
En la playa remota o en la escarpada sierra:
—“¡Isabel la Católica!”—proclamarán los astros,
—“¡Isabel la Católica!”—repetirá la tierra!...

Por eso, ahora, ¡oh, Reina de los altos destinos!
Que en la grandeza encarnas de tus sueños divinos
Toda la vieja y noble majestad de la Raza,
Todo el genio y la fe y el honor españoles,
El hosanna de América en mi cántico encierro,
Y vuela resonante—salmo de oro y de hierro,—
A saludar tu Sombra, que entre lós siglos pasa,
De eternidad vestida y nimbada de soles!...

DE LOS 20 AÑOS



PRIMAVERAL

A un compañero de Universidad

El beso al recibir del sol fecundo
Ha palpitado en flor la tierra yerta...
Del ritmo de la vida es arpa el mundo...
¡Despierta, joven corazón, despierta!

Deja que en su ala matinal las brisas
El nido arrastren de agostadas rosas,
En que sin luz ni cantos agonizas;
En que sin auras ni calor sollozas...

¿Lo ves?... En ondas de oro se derrama
Sobre la tierra el cielo... Ayer marchita,
Vístese ahora de verdor la rama,
Y en las entrañas de la flor palpita

El dulce fruto... Luminosa y leve
La bruma se alza del estanque umbrío,

Y, como casta floración de nieve,
Manchan los cisnes el azul del río.

Descuélgase el rosal por los barrancos,
—Chal de verdura con labor sangrienta;—
Se desataron los jazmines blancos,
Y en nívea espuma el naranjal revienta...

¿No sientes?... Por doquiera, tenue y vago,
Late un hervor de savia que rebosa
En el retoño del sauzal del lago,
Y en el retoño de la vid frondosa.

De las lejanas lomas que se aduermen
Al sol, aún empapadas por las lluvias,
Trae los ritmos de la vida en germen
El viento que rizó las mieses rubias...

De brotes y de espigas y capullos
Hay en los valles vibración fecunda:
Y un rumor de aleteos y de arrullos,
De los mirtos en flor el bosque inunda...

En la montaña destrozó el torrente
Sus prisiones de hielo, y se adelanta;
Y en el azul del aire transparente
Despliega el ave su plumaje, y canta.

Del viejo tronco en la corteza rota
Bulle de insectos un tropel sonoro,
Y con leve murmullo sube y flota
Una niebla sutil de alas de oro....

Del monte por las faldas pedregosas
Suelto el ganado balador blancaea;
Y, dando alegres su canción las mozas
Al viento matinal, dejan la aldea...

.....

Es de la vida el salmo que concierta
Con los latidos del amor supremos!
Cantando el mundo, corazón, despierta...
¡Despierta, joven corazón, cantemos!

Italia, Mayo de 1091.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

EL AGUILA

I

¡De cerca humanos ojos nunca te vieron!
Amas las cimas negras de los volcanes,
Y habitas los barrancos que sacudieron
Con sus hombros de fuego los huracanes.

Cuando, barriendo nieblas en las fragosas
Sierras, el sol que triunfa las crestas baña,
De la cumbre en el agrio peñón te posas
Como salvaje reina de la montaña!

Y, al encrespar tus plumas el viento frío,
Paseas la serena mirada altiva,
Entre el mundo que abajo duerme sombrío
Y el incendio de auroras que estalla arriba.

¡Oh! cómo te destacas soberbia, cuando
Al recuerdo de triunfos y de grandezas,

El gris y calcinado cuello esponjando,
Nostálgica de alturas, te desperezas;

Y tras la roja nube—bajel que oscila
Y por el mar del éter, veloz resbala,—
En el Oriente hundiendo la audaz pupila,
Al espacio te lanzas, tendida el ala!

Al espacio te lanzas donde te meces,
Soberana altanera de esas regiones;
Al espacio infinito, donde cien veces
Empujaron tu vuelo los aquilones.

Mientras—batiendo el ala, triunfal, tranquila,
Allá de la encendia nube en el seno,—
Fulguraba el relámpago en tu pupila
Y vibraba en tu grito la voz del trueno!

¡Ah! ¡cuántas veces, cuántas, te detuviste,
Por ver tras los jirones del iracundo
Vendaval, a lo lejos, callado y triste,
Como un peñasco negro, rodar el mundo!...

Cuando el azul imperio rauda atraviesas,
De este polvo tan lejos, en que me arrastro,
¿Vas, huyendo del mundo las impurezas,
A hollar la inmaculada frente de un astro?

Y mientras la pupila te sigue errante,
Y, al ver que en el vacío hundes, se asombra,
¿Acaso tú divisas flotar radiante
Sobre abismos de estrellas, de Dios la sombra?...

II

Al verter el Poniente sangre en el monte,
Desplegadas al viento las pardas plumas,
Como un astro sombrío, del horizonte,
Perdida te levantas, entre las brumas.

¡Vienes desde muy lejos... desde muy lejos!
—A la desierta playa las ondas locas
Los restos arrojaron de barcos viejos
Que estrelló el Océano contra las rocas.

En el peñón, del náufrago la sien sangrienta
Se enfría, del crepúsculo a los desmayos,
Mientras con chal de nubes va la tormenta
Por la mar sacudiendo su crin de rayos.

—Cuando el cenit llovía lampos de fuego
Sobre el desierto inmenso, paróse el bando
De los viajeros mustios... y enorme luego
El huracán de arenas pasó bramando...

Y tras silencio largo vierte sus calmas
El crepúsculo de oro que mudo flota
Sobre un hombre que yace junto a unas palmas
—Náufrago del desierto,—la entraña rota...

—Rasgados estandartes de la pelea
Entre nubes de polvo se van triunfantes,
Y en los llanos que el humo negro aun sombrea,
Hay miembros destrozados y palpitantes...

¡Te saciaste, y ya vuelves bravía y torva!
Y, llena la pupila de lumbre extraña,
Y goteando sangre la garra corva,
Vas a hundirte en la sombra de tu montaña...

III

Empapada del éter en los efluvios,
No hay cimas del espacio que no domines;
Y las grises riberas, los campos rubios,
Rojean con los restos de tus festines...

¡Acaso, revolviéndose, alumbre y ruja
Bajo tu frente un cráter, que de igual modo
Que al hombre, a los abismos del sol te empuja,
Mientras, gusano altivo, te atrae el lodo!...

Italia, 1901.

HUERFANA

¡Flor de tristezas!
Flor de un sepulcro, que a abrir empiezas
El corazón!
Viento de otoño, que enfría y gasta,
Pasó batiendo tus hojas, hasta
Dejar marchita tu frente casta
Que baña el sol...

Azul el cielo...
Rosas y nidos... Aves que el vuelo
Tienden veloz...
Manto de lirios los huertos viste...
Hay luz y aromas en cuanto existe...
¡Sólo tú, enferma; sólo tú, triste,
Pálida flor!...

Guarda, doliente
Flor, tu blancura; y en el oriente,
Tu corazón
Verá alboradas de amor, serenas:
Que, dulces saben hacer las penas,
Entre los hombres, las almas buenas,
Y arriba, Dios!!

1900.

FLOR DEL VALLE

(FRAGMENTO)

Ya la tarde va vertiendo palidez en las colinas;
Ya los pájaros no cantan, ya están mudas las cigarras;
Sólo se oye el canto alegre de las mozas campesinas
Que los últimos racimos van cogiendo entre las parras.

Abrumada la cabeza con los cestos abrumados
De los frutos cuya sangre da calor, todas unidas
Se alejaron las muchachas, recorriendo los sembrados,
Entreabiertos los jubones y las sayas recogidas.

Cuando ya sólo sentíanse llegar cantares truncos
Desde el valle en que lloraba sus tristezas el ocaso,
Silenciosa entre las parras, como garza entre los juncos,
Asomóse una doncella, con su cesto bajo el brazo.

El color su faz tenía de esos lirios que en las faldas
De los montes se hermosean con los soles y las lluvias;

De la yedra, sus pupilas; y al caer por las espaldas
Sus cabellos se enredaban como un haz de espigas ru-
[bias..

Al moverse entre la hierba, pies que nunca hollaron
[limos,
Sus pies frescos y desnudos, todos limpios cual dos am-
[pos,
Iban ágiles sus manos en el cesto los racimos,
De una nube azul cubriendo con las flores de los cam-
[pos.

Blanca y limpia como el ala de algún cisne era su
[veste
Que al andar entre las flores castamente recogía;
Y la brisa de la tarde perfumando el chal celeste
Que colgaba de los hombros, sus cabellos esparcía.

Dando al viento sus cantares y aspirando la fragan-
[cia
De sus flores, llegó al río, de la vega en los extremos
Ocultáronla los sauces, y escuchóse a la distancia,
Que las ondas agitaban una barca y unos remos...

Italia—1901.

LA ESPIGA

¡Oh! la flor del trabajo, cuya entraña
Hierve el sudor del hombre, que, fecundo
Rocío del dolor, al mundo baña
Para salvar, como un bautismo, al mundo!

Esa flor es un ánfora en que duermen
Hechas germen, mil vidas; y—¡oh profundo
Misterio!—guarda de un Misterio el germen...

Su grano es sol de oro, que la nube
Del hambre al cielo del hogar arranca;
Y de su seno inmaculado, sube
Entre inclinadas frentes, la hostia blanca!

PALOMA BLANCA

¡Toda limpia eres tú, toda inocente!...
—Del tibio nido en la íntima ternura
Eres del casto amor imagen pura,
Con la luz del pudor sobre la frente.

—Cuando en la margen de azulada fuente
Que soñadora entre el juncal murmura,
O, replegada el ala, en la espesura
Del sombrío pinar, tu voz doliente.

Dejas oír, parécenme tus quejas
Notas del himno que en su eterno anhelo
Entona la esperanza... — Y si te alejas

Del bosque, y te alzas con tranquilo vuelo
Por la callada inmensidad, semejas
Candorosa oración que sube al cielo!...

1900.

REFLEJOS

El mundo... el cielo azul!... ¡Oh! cómo es bella,
Tu obra, Señor!... En la infinita escala
Del sér, Dios mío, cada sér señala
De tu poder y de tu amor la huella.

¡Tu amor!... tu amor que por doquier destella;
Que en el aroma de la flor se exhala;
Que le habla al nido en el rumor del ala
Y al hombre invita, al encender la estrella!

Al contemplar tanta hermosura y tantos
Destellos de tu amor, vuela un suspiro
De mi alma, ¡oh Señor!:—Que los encantos

De ese cielo, que miro desde lejos,
Y de este mundo, que de cerca miro,
¡Son de tu frente, pálidos reflejos!

COR JESU

Frente que, el soplo del dolor sintiendo,
Os inclináis, cual mustias azucenas;
Penas del corazón, calladas penas
Que el mundo ahoga en su infernal estruendo;

Velas que empuja el huracán tremendo;
Aves que, el ala al respigar apenas,
Fatigadas voláis; pupilas llenas
De tristeza infinita... ¡yo os comprendo!

Yo que también, ardiente peregrino,
Buscando por la tierra el bien que anhelo,
He probado que es áspero el camino,

Hoy ya sé de la paz y del consuelo:
¡Id de Jesús al Corazón Divino,
Y encontraréis, en su refugio, un cielo!

INMORTAL

¡Un cadáver de piedra!... ¿es esto aquella
Roma, triunfal encarnación de Marte,
Que, recorriendo el orbe, en cada parte
Sembró un laurel al estampar su huella?

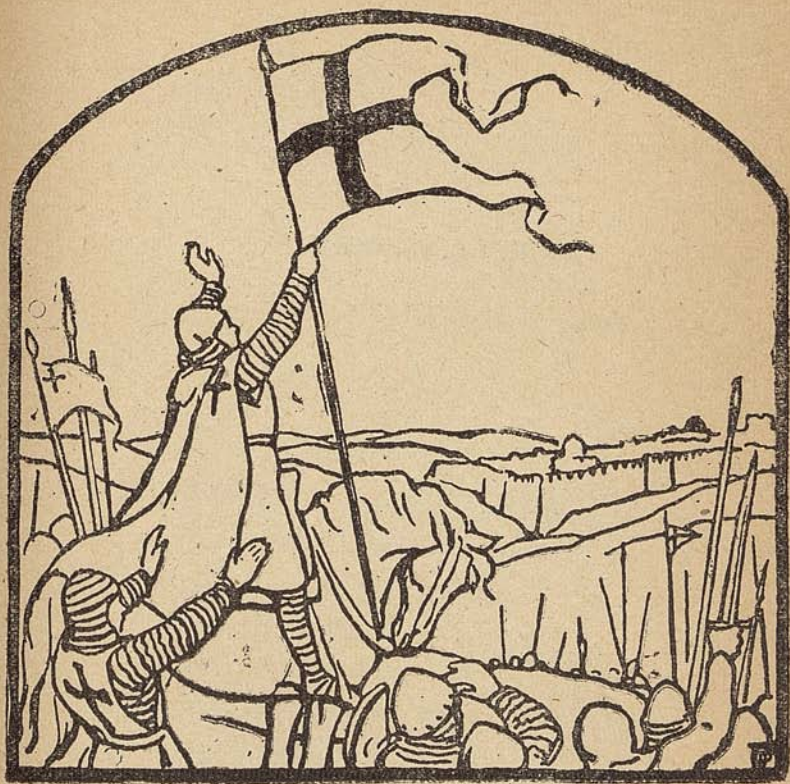
¿Y Grecia? ¿Y Grecia dónde está, la estrella
De oro, colgada en el cenit del Arte?
Santa Jerusalén, ¿pudo arrasarte
La tempestad del tiempo?

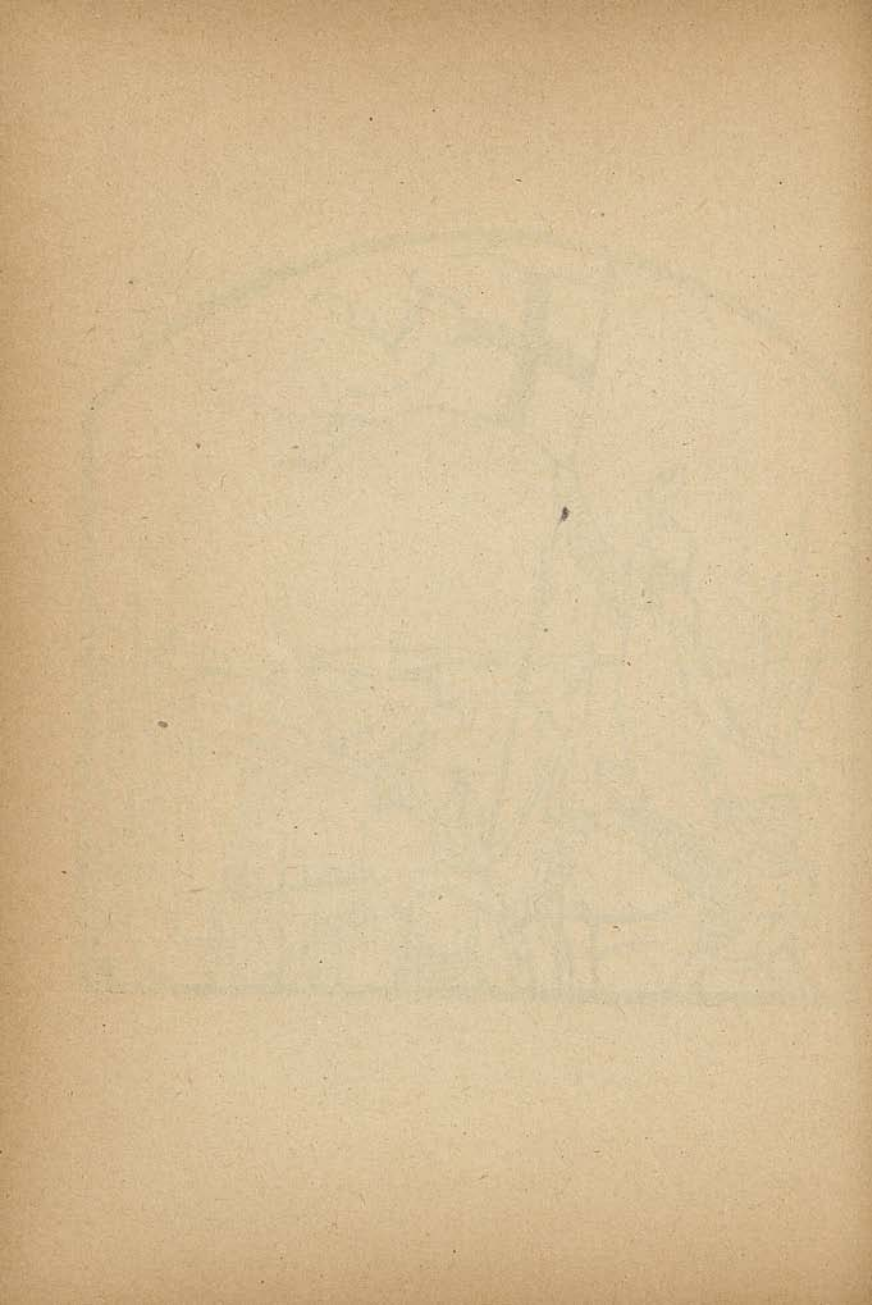
—Envuelto en ella

Todo cae—de un polo al otro polo,—
Como en la cima inaccesible el cedro
Rueda al abismo con el rayo... Y sólo

Firmes pasar la tempestad han visto:
Entre las ondas, el bajel de Pedro;
Sobre la cumbre de los siglos, Cristo!

CANTO A LA CRUZ





CANTO A LA CRUZ

“Stat crux dum volvitur orbis.”

I

Humanidad que, enferma y dolorida,
Hundiendo en las tinieblas tu mirada,
Con la pálida frente envejecida
Por tempestad de lágrimas bañada,
Los eriales recorres de la vida,
Buscando el porvenir: en tu jornada,
Humanidad, detente!
Levanta al cielo la marchita frente,
La noble frente que en el polvo humillas;
Mira hacia atrás... Sobre el Calvario Santo
Ves alzarse una Cruz: sus glorias canto:
¡Escucha de rodillas!

II

¡Oh! Numen del Amor! que en la celeste
Mansión estás entre el ardiente coro

Que, nívea y clara veste
Ciñendo, al pie del Solio en luz velado,
Preludia en áureas cuerdas el sonoro
Himno que al Dueño de los orbes canta
La Eternidad, diciéndole: ¡te adoro!

—En ráfaga de fuego, arrebatado
Hasta la luz de tu morada santa,
En sacro ardor mi corazón se inflame;
Y porque digno de grandeza tanta
Se alce mi canto entre los hombres, dame
Tu cítara de oro!

III

¡Salve! bendita Cruz; Trono bendito
Del eterno Señor de las bondades;
Del Dios de las ternuras, infinito!
Salve Tú que radiante, cual aurora

De eternas claridades,
Sobre grandezas muertas triunfadora
Te elevas, serenando tempestades,
Y señalando senda redentora
A la cansada humanidad que llora,
En el yermo sin fin de las edades!

De entusiasmo y de gozo
Mi corazón escucha estremecido,
El himno venturoso
En alas de los siglos conducido,
Que, al extender tus brazos redentores
Entre el cielo y el mundo, alzara ardiente
El hombre, levantando
Del polvo, libre y triunfador la frente.
Y a la luz de los santos resplandores
Que estás en las tinieblas derramando,
Contempla electrizada el alma mía,
Del hombre a la sonriente compañera
Alzar inmaculada
La frente desde el fango en qua yacía,
A bañarla en luz de la alborada
Que del Edén sonrió en la primavera.

IV

De la increada Lumbre, desprendida
Ya entre la bruma avanza
La estrella de la Fe. Los corazones
Sienten que en ellos palpitante anida,
Como un ave del cielo, la Esperanza
Desatando el raudal de sus canciones.
Arrebatada, ardiente,
Como si fuera un celestial delirio,
El hombre estremecerse en su alma siente
De la sublime Caridad la llama;
Y ya en el mundo a germinar empieza,
Como a la orilla del pantano el lirio

Que su aroma a los vientos desparrama,
La inmaculada flor de la Pureza...
—¡Hay luz de gloria donde sombra había!
Generosos renacen los anhelos
Al divino calor del nuevo día;
Frescas perfuman el hogar las flores
De los castos amores,
Y, alas de luz batiendo, las ideas
En el azul se pierden de los cielos...
—De su sopor profundo
Es que sonriendo se despierta el mundo
En tus brazos, ¡oh Cruz!—¡bendita seas!

V

Mas, ya te miro descender gloriosa
Del monte en que te vió, desde su ocaso,
Entre nubes de horror y de tristeza,
El sol erguirte como un sol radiosa,
Con un Dios moribundo en tu regazo.
Ya tu jornada por el mundo empieza...
Vas del error la sombra
A deshacer con lampo refulgente;
Y al paso triunfador de tu grandeza
Polvo de cetros servirá de alfombra;
Muda la tierra postrará su frente!

VI

El poder de los césares te espera!
—Formidable legión en que está unida

Del vil esclavo al corpulento brazo
La ensangrentada garra de la fiera.

El poder de los césares!... Sus leyes,
La humanidad escucha estremecida;
Y, de su carro de victoria al paso,
Los plebeyos, los grandes y los reyes,
Doblada la cerviz, sus rastros siguen,
Como un tropel de amedrentadas greyes.

—Es la lucha gigante!

De la Eterna Ciudad el alto muro
Que inmóvil y triunfante
El choque de los siglos ha sentido,
Se interpone en tu marcha, menos duro
Que el broquel de diamante
De los odios de un pueblo embrutecido.
Es la lucha titánica... ¿qué importa!
En tu ruta triunfal nada te arredra:
La tierra verá absorta,
A la reina del mundo destronada,
Y a Ti, gloriosa, te verá clavada
En su frente de piedra!

VII

Allí en Anfiteatro!...

—Torvo el ceño

Bajo el áurea diadema;
De la venganza el látigo en la mano;
Sangriento el manto que a su espalda flota,

Espérate el tirano;
El poderoso dueño
De un mundo esclavo, cuyo rostro azota.

Allí el Anfiteatro!...

—En sus arenas,
De ciega rabia entre el salvaje estruendo,
Te espera ya la chusma envilecida,
Intentando amarrar con sus cadenas
Tu brazos que se extienden amorosos
Para abrazar la humanidad, vertiendo
En sus exhaustas venas
Santos raudales de una nueva vida.

Allí el Anfiteatro!... Allí te espera,
Junto a esa chusma torpe y desgredada,
Con rugidos frenéticos la fiera
De agudo diente y garra ensangrentada...
—Tiemblan sus labios por la sangre rojos
Con hambriento furor, y le disputa
A la rabiosa multitud su presa,
Y feroz se ensangrienta en los despojos...
Sangre gotea su melena hirsuta
Que como un haz de rayos vibra enojos;
Mancha su piel la sangre que aún palpita,
Y en la nube de crin de su cabeza
Que la tormenta del furor agita,
Son sangrientos relámpagos sus ojos!...

VIII

Ya entrar te veo en la tremenda lucha.

Ya al estrépito unida

De la turba que ruge embrutecida

Y en mar de sangre sepultarte quiere,

Tu santa voz de redención se escucha

Bendiciendo amorosa al que te hiere.

Ya te veo ceñirte las coronas

Del martirio, . . . ya veo

Que en tus abiertos brazos aprisionas

Los corazones que inflamara el odio,

Con las cadenas del amor . . . Ya es tuyo

—De las victorias de tu amor, trofeo—

El cetro de los césares orgullo;

Y al levantarse, en tu fulgor divino

Bañado, como un astro en su mañana,

El lábaro triunfal de Constantino,

Huyendo del combate

Despavorida el águila romana,

Lejos del Capitolio el ala bate . . .

De la tierra eres ya la Soberana!

Padece el mundo un nuevo cautiverio

Bajo tu sombra . . . Esclavitud sublime

Bendita esclavitud, cuyas cadenas

Alivian al que gime!

—¡Qué es el imperio del amor tu imperio!

IX

Ya estás ahí, sobre la eterna Roca
En cuya base incommovible choca
El oleaje inmundo
De la calumnia y de error. Te elevas
Sonriendo a la esperanza; y en Tí llevas
La luz del cielo que ilumina al mundo.

El odio y la mentira,
Larvas que engendra el corazón humano
En maridaje torpe con la ira,
Cuando esquiva tus santos resplandores,
—Como engendra reptiles el pantano
Que del sol no recibe los ardores,—
Cien y cien veces, con siniestra mano,
Intentaron, rugiendo en sus furores,
Tu base conmover, y siempre en vano!

X

De las nieblas del Norte se desprenden,
Inundando de sangre las amenas
Regiones que ama el sol y en fuego baña,—
Como un tropel de hienas
Que ,abandonando hambrientas la montaña,
Por las laderas ásperas descienden
A devastar el llano,—
Las hordas de los Bárbaros... Pretenden
Derribar tu cimiento soberano!...

—“El azote de Dios va con nosotros”,
Gritan cubriendo como bruma densa
El alto monte y la llanura inmensa;
—“Ni hierba crezca ni germine grano”
“Donde pongan el casco nuestros potros!”

A tus pies, un Anciano,
Tranquilo el corazón, alta la frente;
Serena y apacible la mirada,
Les espera...

Sedienta de pillaje
Se acerca la mesnada;
Llega a las plantas del Anciano, y siente,
Bramando de impotencia y de coraje,
Que un poder invisible y soberano,
Infiriendo al membrudo brazo ultraje,
Le hace caer la lanza de la mano...
Y Tú, en tanto, serena ¡oh Cruz bendita!
Miras correr por la campiña inmensa,
En torpe confusión la horda salvaje
A ocultar en las nieblas su vergüenza...

XI

Y ahí estás alumbrando!... tus fulgores
A beber llega el que la luz anhela;
Y embriagado en tus senos resplandores
El genio se despierta y canta y vuela.

Ah! Ya contemplo al Agüila de Hipona
Que, encendida en tu lumbre la pupila,

De la tierra la cárcel abandona,
Y, desgarrando del error las nubes,
Se cierne, con los astros por corona,
De la Verdad en el cenit, tranquila...
Y navega en la clara transparencia
De ese abismo de luz... y su mirada,
Cual la pupila azul de los querubos
En fulgores celestes inflamada,
Se fija escrutadora
Allá en el sol de la Infinita Esencia;
El sol de eterna aurora!

Asombro y estupor de las edades,
A alumbrar de los hombres el camino,
Bañado en tus divinas claridades
Surge el Astro de Aquino.

Y al lado tuyo, de su genio en alas,
La sien orlada del laurel triunfante;
Con voz de cielos y rumor de abismos
Se alza cantando sus visiones Dante.

Todo renace a tu calor! El arpa
De rotas cuerdas y dormidos cantos,
Se despierta vibrando estremecida;
Hurta el pincel al cielo sus encantos
Y el mármol siente palpitar la vida.
Con atrevido vuelo
La ciencia rasga la estrellada esfera,
Y, deteniendo al sol en su camino,
Va a medir de los astros la carrera

Por los azules ámbitos del cielo;
Marca rumbo en las ondas el marino,
Y halla el genio de Guttenberg, profundo,
El molde soberano
En el que forja el pensamiento humano
Las glorias y catástrofes del mundo!

Junto a Ti todo es grande! Se estremecen
Los anhelos gigantes en el pecho;
Y el Genio, con tu sombra ennoblecido
Un mundo siente a su grandeza estrecho...

—Ya alza su frente orlada

De lampos creadores

El Genovés, del orbe escarnecido;
El loco soñador cuya mirada
Se hunde en las sombras y lo ignoto horada
Con surco de perennes resplandores...

Ya corre, enardecido

El noble pecho en tu calor fecundo;
Tremolando tu insignia de victoria
Sobre la mar que gime amedrentada...

¡Ya el genio sin segundo,

Del destino venciendo las fierezas,
Arranca entre relámpagos de gloria
A las entrañas del misterio un mundo,
Para hacerlo escabel de tus grandezas!
¡Bendita Tú, cuya celeste lumbre,
Del misterioso arcano de los mares
La negra bruma desgarró en pedazos!

¡Salve Tú, que a la cumbre

Donde en nube de ardientes luminares
Se asienta Dios, te elevas,
Estrechando dos mundos en tus brazos!

XII

Eterna es tu victoria!
En vano el hombre; la perfidia en vano
Quieren pigmeos eclipsar tu gloria;
Arrebatat tu imperio soberano.

En tu cimiento secular se estrella
Del error expirando el oleaje...
Ni deja en esa Roca, torpe huella
De la calumnia la sangrienta garra,
Al atacarla con furor salvaje;
Y quedan hechos trizas al pie de Ella,
Sin lograr inferirte herida alguna,
El alfange y la torva cimitarra,
Mientras al hundirse en las eternas sombras
De noche sepulcral la media-luna,
Eterno entonan de tu gloria el canto
Las auras que refrescan de Granada
La frente coronada,
Y los rumores con que al viento hieren
Las ondas de Lepanto....

Pasan los hombres y sus glorias mueren,
Como a la orilla de la mar la ola,
Del negro olvido en el confín callado...
Con estertor de muerte gemebundo

En la sombría fosa del pasado
Van cayendo los siglos... Y Tú sola,
Siempre serena, incommovible siempre,
Al cielo te alzas, bendiciendo al mundo...
.....

XIII

Mas... ¿qué escucho?... ¿Qué estrépito de
[guerra,
Como el fragor de un huracán se siente
Estremecer la tierra
Del polo yerto al ecuador ardiente ...

Los **Bárbaros!**...
—Los siglos han rodado
Y ya vuelven los **Bárbaros!**... Ya tornan,
Haciendo al orbe vacilar... Ya avanza
El rabioso tropel desenfrenado...
Lo arrojó de sus antros el Abismo
En su sed de venganza,
Para arrancar al mundo de tus brazos.
Es el Genio del Mal que, en la esperanza
De tu cimiento derribar, se lanza
Como un turbión... ¡Es el Infierno mismo
Que se encubrió al salir de sus cavernas,
Con el negro disfraz del **Anarquismo!**

Entre el humo y las llamas del incendio,
Y el sangriento vapor de la matanza,
Su enrojecido pabellón flamea;

Y trae en vez de la pujante lanza
Que hiriera el corazón de otras edades,
El puñal y la tea.

Se adelanta... Siniestras claridades
Hierven relampagueando en su pupila
Que se revuelve inquieta, escrutadora
Sobre la faz del mundo que vacila...
Gozo feroz en su ceñuda frente

Centellea, lo mismo

Que el tétrico fulgor del rayo ardiente
Que en las entrañas de la nube oscila,
Al rodar la tormenta bramadora
De los montes por la áspera pendiente
A revolcarse enferma en el abismo...

Carcajada salvaje,

Al ver la sangre que doquier destila,
Lanza su labio que el furor devora;
Y aleve oculta con moderno traje
El corazón frenético de Atila!...

Tronos y cetros por el polvo ruedan
Al golpe de su brazo...

Fragmentos de diademas hechas trizas
Las huellas son de su siniestro paso;
Y hasta los templos humeando quedan
Trocados en escómbros y en cenizas...

La sed de sangre y destrucción le inflama!
Por eso no perdona

Ni a los ángeles mismos que se ocultan
Entre los hombres, con ropaje humano.
—Contra débil mujer que sufre y ama,
El furor de esos Bárbaros se encona,
Y le abre al lado del hogar la tumba,
¡Por el delito de llevar corona,
Y porque madre una nación la aclama!

Todo tiembla y vacila y se derrumba
Al infernal empuje de esa horda
Que sobre las naciones se derrama,
Como sobre la selva y sobre el llano
El encendido cráter se desborda
En mil regueros de rugiente llama...

XIV

Mas, a tus santos pies hay otro Anciano,
De cuerpo débil y marchita frente
Que se levanta pálida y serena,
A lo infinito gravitando, llena
De lo más alto y grande y más sublime
De que es capaz el pensamiento humano.

Su mirada es severa y sonriente,
Y en ella se derraman los raudales
De su alma noble y generosa y buena
Que vibra con las arpas celestiales...

Es de pueblos y reyes soberano,
¡Y arrastra una cadena,

De su sagrada dignidad mancilla!
Es prisionero y débil ese Anciano,
¡Y ante su trono el mundo se arrodilla!

—Tranquilo ve llegar la turba airada
Que de terror y espanto al orbe llena;
Y, perdida en los cielos la mirada,
Y levantando trémula la mano,
Le muestra, oh Cruz! tus brazos extendidos;
Y sus furiosos ímpetus refrena.

.....

XV

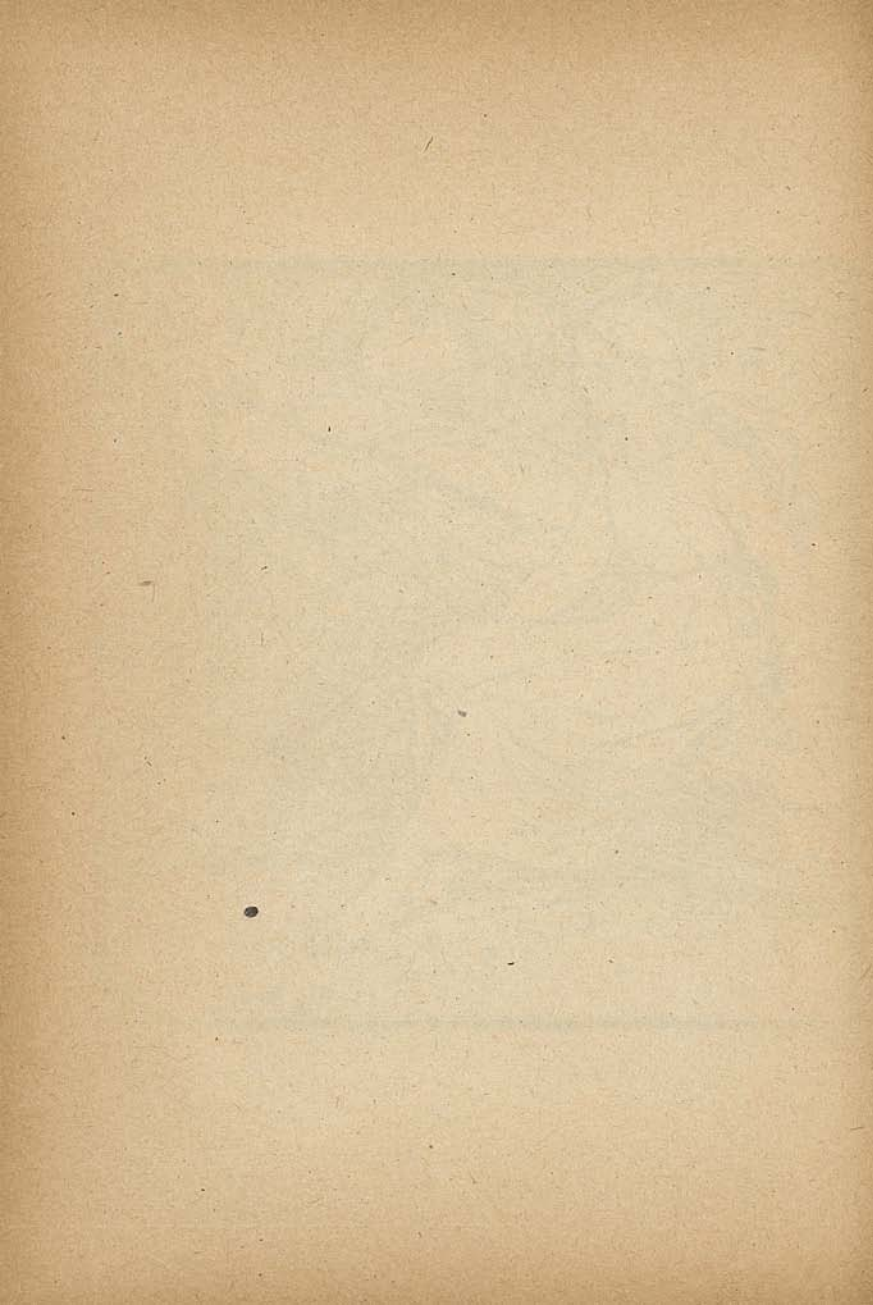
Y sobre tanto escombros y ruina tanta
Ahí estás Tú, cual faro de consuelo,
La noche de los siglos alumbrando
Desde tu base incommovible y santa;
Ahí estás, con tus brazos señalando
A la cansada humanidad el cielo!

Y, amor desparramando y bendiciones,
Ahí estarás, sobre esa eterna Roca
Que diez y nueve siglos no han movido,
En Ella al estrellar sus aquilones.
Ahí estarás, Antorcha de los tiempos,
No a los vaivenes del error sujeta,
Hasta que bajo el cielo estremecido
Al paso del Señor, que la trompeta
Anuncie, trono Tú del Juez temido,
Sientas vibrar el último latido
Del corazón de fuego del Planeta!

Roma, 1900.

FLOR DEL MONTE





FLOR DEL MONTE

Primer Premio en el certamen
literario abierto por la "Revis-
ta Católica" de Santiago, en
1903

Al pie de la montaña, en un lejano
Rincón de angosto valle, que hermosea
Con mieses y amapolas el verano;
Bajo un cielo que nunca está sombrío,
Y adormida del viento a los rumores,
Como una garza en el juncal, blanquea
Sobre la margen desigual de un río,
Entre álamos y sauces una aldea,
Que, más que aldea, es un jardín de flores.

Lejos del mundo y de los hombres lejos,
Felices con la fe de sus mayores,
Juntos, labriegos de indomable brío
Viven allí, y robustos pescadores,

Hay una aroma de los tiempos viejos
En aquel apartado caserío
Lleno de paz: los últimos reflejos
De un sol ya muerto en nuestra patria historia,
Dejaron en su pobre campanario
Un tibio resplandor, como de gloria....
En medio de los árboles perdido,
Aquel rincón del mundo, solitario,
Es, a los pies de la montaña, un nido,
En donde a la mirada de los cielos,
Abriendo el ala a rústicos anhelos,
Palpita joven la fecunda vida
Que supieron vivir nuestros abuelos.

Todo allí a orar y a recordar convida:
Las rosas de las huertas forman nube
En torno de la iglesia envejecida,
y desde el corazón, como una aurora,
Hasta la faz de las mujeres sube
El púdico rubor... Y cuando empieza
La tarde a agonizar, en esa hora,
En que el misterio en lo infinito nada
Y entre los montes la campana llora,
Descubre el hombre, allí, su frente honrada,
Mira a la altura, se arrodilla y reza.
Y allí en toda ocasión y en todas cosas
Es árbitro y es padre un Cura anciano:
Patriarca del lugar, que a las abuelas
Oyó cantar sus cánticos de mozas,
Y en las riberas de aquel río ha visto
Más de una espalda que la edad enarca,

Destrozar el invierno muchas velas
Y el musgo carcomer más de una barca.

Es el buen padre del lugar: su mano,
Como la mano celestial de Cristo,
A perdonar y a bendecir se alza,
Trémula sembradora de aquel granc
Que riega el agua del amor. A veces,
Cuando en la onda azul, sobre una balsa
Platica con los mozos pescadores;
O en las cálidas tardes del verano
Camina por el valle, entre las mieses,
Con su tosco bordón,—cual los pastores,—
Hablándoles de Dios, en sus fatigas,
A los viejos y rudos labradores;
Y busca con amor el dulce anciano
Los niños que andan anudando espigas,
Las niñas que andan recogiendo flores:
Mientras aquella turba le rodea,
Y a los destellos últimos del día
Ve que despide vagos resplandores,
Como aureola, su cabello cano;
En medio del trival que al viento ondea,
Se parece a Jesús que recorría,
Vertiendo paz, los campos de Judea.

Casi un niño era aún, cuando las almas
De aquel pobre lugar, a su desvelo
Fueron confiadas; y llevó a la aldea
La frente juvenil llena de palmas,
Y lleno el joven corazón de celo.

—“Que tu prudencia la de un viejo sea”—

Su Prelado entre lágrimas le dijo:—

“Vas, hijo mío, a conquistar las almas

“Y a conquistar, salvándolas, el cielo...

“En aquella porción de mis ovejas

“Que hoy encomiendo a tus ternuras, hijo,

“Tengo yo puesto el corazón...”

Sus viejas

Mejillas se inundaron con el llanto,

Baluceó un adiós y le bendijo,

Murmurando después:—“¡Dios te haga un santo.”!

Y el alma aquella, de ternura henchida,
Que se abrió, como un lirio, en el santuario,
Y el corazón aquel, flor de la vida,
Que ante el altar de Dios fué un incensario,
Vieron entonces realizado un sueño:
—Con las promesas del amor divino,
Ir a un rincón del mundo, solitario,
A endulzar de los pobres el camino;
Y hacerse allí, como Jesús, pequeño.—
¿Quién no le debe en el lugar sus horas
De contento y de dicha? ¿Hay algún nido
De paz y amores, que su santa mano
No haya—a más de tejerlo—bendecido?
¡A cuántas pobres almas pecadoras
Abrió los cielos aquel Cura anciano!
Aquellos montes y aquel valle han visto,
Cuarenta estíos y cuarenta inviernos,
Al apóstol pasar de Jesucristo,
Derramando piedad los ojos tiernos;

Y con su sencillez encantadora,
Haciendo, al fuego de su amor, que broten
Una aromada flor cada pantano,
Y cada noche lóbrega, una aurora...
Y por más que los años y desvelos
Las fuerzas de sus músculos agoten,
Aun es de fuego el corazón; y ahora
Como ayer, a buscar sus **pequeñuelos**,
Va a la sierra y al valle,—en tono blando,
—“Que de ellos es el reino de los cielos”—
Como dijo el Maestro,—predicando.

I

Un día, en una barca cruzó el río,
Cuando ya el sol rodaba al horizonte;
Perdióse un rato en el sauzal sombrío,
Después sentóse en un peñasco, y luego
Subió, apoyado en su bastón, al monte.

De aquella sierra en las boscosas faldas
Habita un viejo pescador, ya ciego,
Con dos jóvenes nietos. El, un mozo
De porte escultural, anchas espaldas,
Negros cabellos y naciente bozo:
No hay en todo el lugar mozo más listo
Ni que más tenga en las pupilas fuego.
Crecida al viento de los montes, ella
Aun quince octubres florecer no ha visto,

Y es la más fresca y más gentil doncella.
Al recorrer,—con la cabeza airosa
Llena de flores,—la montaña aquella,
Parece de los bosques una diosa:
Su talle es junco; su pupila, estrella;
Nardo, su frente, y su mejilla, rosa.
Cuando a la fiesta va con sus amigas,
—“No brotó en ese monte flor más bella”—
Las gentes dicen, al mirar que pasa,—
Apretado el jubón, la saya corta
Que permite admirar su pie desnudo,
Y los cabellos como un haz de espigas,
Que ata una roja cinta en breve nudo.

Al morir el crepúsculo, a su casa,
A endulzar de la pesca las fatigas,
Tornan Miguel y Carmen, los dos primos,
Apoyando al abuelo. El paso acorta
El ciego pescador, cuanto más sube;
Y mientras que su niéto le sostiene,
De la silvestre vid coge racimos,
Carmen, y los copigües y violetas,
Que en los árboles forman roja nube,
O jirones del cielo, entre las grietas.
¿Quién la esbeltez ni los encantos tiene
De aquella linda y tropical chiquilla
Que ríe y canta y corre y se detiene,
El eco a oír de algún rumor que viene,
O a escuchar la canción de una avecilla?
Pálidas son las frescas amapolas,
Ante el vivo color de su mejilla,

Cuando subiendo va; truenan las olas
Que apenas lamen de la mar la orilla,
Si su murmullo dulce se compara
Al eco de las tiernas barcarolas
Que da a los vientos con su voz sencilla,
Como el rumor de una vertiente, clara...
Miguel, esas canciones escuchando,
Mira de Carmen la encendida cara
Y se queda después como soñando...
Y al llegar a su choza el pobre abuelo,
Hondo suspiro de su pecho exhala,
Y los ojos sin luz tornando al cielo,
A veces, de su faz por la tristeza,
Silenciosa una lágrima resbala.
Carmen la cena rústica adereza;
Y cuando ya a los montes el profundo
Silencio triste de la sombra empieza
A descender de la estrellada altura,
Como un grave dolor que envuelve al mundo
A sus dos nietos distraer procura
Basilio, con historias y consejas,
Que suspenden a veces la costura
Y el lento repasar las redes viejas.

Y así viven en paz en aquel nido
Que tejieron del monte entre las selvas,
Tres corazones que el amor ha unido,
Como se unen al tronco envejecido,
Cubriéndolo de flor, las madre selvas.

El Cura sube a la montaña, cuando

Al llegar los inviernos, el abuelo
Bajar no puede a su sauzal querido
A descoger la red:—se queda orando;
Y a la luz del hogar que resplandece
Como un ocaso en el nevado pelo
Del pobre pescador, su lana hilando,
Angel guardián de la vejez parece
La nieta arrebozada en su pañuelo.

El can que duerme en el umbral, conoce
Al sacro visitante, y cuando siente
Entre las yerbas, de su veste el roce,
Da un salto, ladra y lánzase amoroso
Hacia el que va subiendo la pendiente.
No hay en la orilla del camino un trozo
De piedra, en donde el Párroco no se haya
Sentado a reposar, cuando ha sentido
Que el vigor de sus músculos desmaya.
Le conoce el torrente: un avellano
Que se yergue a sus bordes, carcomido
Ya por la edad, cien veces ha ofrecido
El frescor de su sombra al buen anciano.
Le llaman Carmen y Miguel: “querido
Padre y Señor”; oyó sobre la escueta
Falda del monte su primer vagido,
Y mirólos crecer, enternecido,
Como dos flores en la misma grieta,
Como dos aves en el mismo nido.
Sabe que existe una afección secreta
Entre aquellos sencillos corazones,

Y ante el abuelo, al nieto y a la nieta
Suele decir: ¡os doy mis bendiciones!...

II

Aquel día iba el Cura, presuroso
Subiendo por la senda la pendiente:
Vago temor el corazón le inquieta,
Y sube y sube, sin tomar reposo,
Aunque inundada de sudor la frente.
A la orilla del río, entre los juncos,
Bajo el sauzal añoso, el buen Patriarca
Vió los pedazos de unos remos truncos
Y encontró sola de Miguel la barca.
—Acaso,—dijo, como quien medita
Para alejar una inquietud extraña,—
—Fué a rezarle a la Virgen de la Ermita—
Y comenzó a subir por la montaña .

Aquel sencillo pescador, a veces
Cuando a las luces últimas del día,
Al levantar la red no hallaba peces,
Como un hijo a su madre, recurría
A la que nunca desoyó sus preces,
Reina amorosa del lugar, María.
En la mitad de la enriscada sierra,
Donde unos viejos pinos forman calle,
—Celestial bendición de aquella tierra,—
La imagen de la Virgen sonreía,
Como un lucero, iluminando el valle.
Llegó el Cura a la Ermita: estaba sola:

De María a los pies, entre la hiedra,
Vió un copigüe temblar y una amapola.
—Virgen bendita, ante tus pies me postro,—
Exclamó el buen anciano, de rodillas
Cayendo al borde de musgosa piedra,
Lleno de intensa palidez el rostro.
—Quita a mi corazón la extraña angustia
Que le oprime,—agregó. Por sus mejillas
Dos silenciosas lágrimas rodaban,
Y, agitados al viento sus cabellos,
Al fulgor del crepúsculo irradiaban
Nimbo de luz sobre su frente mustia.

Levantóse después; con su mirada
Bañó en onda de amor los ojos bellos
De la rústica imagen; y animosa
Siguió al través del bosque su jornada.

III

En el umbral de la pajiza choza,
Deshojando una blanca margarita,
Parece Carmen una triste rosa
Que helado cierzo en el otoño agita.
Su tez en fría palidez se baña,
Por el insomnio y el dolor marchita;
En su pupila hay una luz extraña;
Está crispada y trémula su mano;
Y, agitando el jubón, de la doncella,
Como ave herida, el corazón palpita.
—¡Guárdete el cielo, flor de la montaña!

Por Dios, no puedo más con este cerro!—
Dijo, al verla de lejos, el anciano;
Y acariciaba al taciturno perro
Que le seguía en actitud huraña.

Al oír de esa voz el tono blando,
Sintióse ahogar por los sollozos ella:
Vió del Cura el semblante conmovido,
Y como vuela el pájaro a su nido
Cuando le hiere el pecho honda querella,
Fué a echar a sus plantas, murmurando:
—¡Dios le trae, Señor; Miguel se ha ido!—
Y mientras el buen Cura, medio muerto,
Con ansiedad pregunta:—¿Adónde? ¿cuándo?—
Se levantó convulsá, y sollozando
Perdióse entre los árboles del huerto.
—Ven, hija, ven; ¿qué dices, hija mía?—
Clamaba, inmóvil de estupor, el Cura,
Cuando el anciano pescador salía,
Palpando en el umbral la sombra oscura
Que sus pupilas yertas envolvía.
Algo con voz entrecortada y hueca
Murmuraba al salir: su faz tenía
La mustia palidez de la hohja seca.
—Es mi Cura, ¿verdad?—el triste anciano,
Cuando ya estuvo en el sendero, dijo;
Y el visitante le tendió la mano,
Diciendo—¡Dios te guarde, amado hijo!—
—Venga bajo esta mísera techumbre;
Venga conmigo,—continuó el abuelo—
(Y empujaba al buen Párroco)—a esta cumbre,

Le ha encaminado, por mi bien, el cielo.—
Y, sentados los dos junto a la lumbre
Que allí esparcía claridad escasa,
—Estamos,—dijo el pescador—de duelo;
Miguel anoche abandonó la casa.—
No pudo continuar, porque un sollozo
Le ahogaba la voz. El Cura oía
Como si fuese un sueño lo que pasa,
Y sin quererlo, en su interior veía
Que cruzaba desiertos aquel mozo...
Cuando hablar le dejó su afán secreto,
—Calma, dijo,—por Dios,—con insegura
Voz:—calma: pronto volverá tu nieto.—
—¿Así lo cree?—interrumpió el anciano;
—¿Le veremos yo y Carmen, Señor Cura?—
Y adelantaba su convulsa mano,
Como quien en las sombras ver procura.
—Sí, pronto ha de volver: ¡cálmate, hijo!
Mas, cuéntame lo que penar te ha hecho,—
Con creciente ansiedad el Cura dijo.

Del pescador la trémula cabeza
Inclinóse un momento sobre el pecho,
Con amargo dolor y honda tristeza...
Después contó cómo Miguel solía
Hablar de sus risueñas esperanzas:
Tejer un nido rústico algún día
Entre barcas y selvas y labranzas...
Cómo también en su ilusión quería
Recorrer mucho mundo:—Yo deliro
Por saber cosas de la mar,—decía.

Con recelo y amor Carmen le oía,
Y alguna vez se le escapó un suspiro...
Dos días antes de aquel día, ufano,
Lleno de noble ardor, trajo a la sierra
Una noticia que escuchó en el llano,
De un joven caminante:—¡había guerra!—
Muy lejos, por allá ,pueblo homicida,
Amenazante alzóse: nada iguala
Al torpe orgullo de su frente erguida...
Púsose en pie la Patria, y como fieras
Aguilas de la cumbre ,abierta el ala,
Volaron al desierto sus banderas.—

El viejo pescador, que en el combate
Derramó, niño aún, su sangre ardiente,
Bajo su pecho escuálido, que late
El corazón, como un incendio, siente...
Mas ¡ay! de nuevo su dolor le abate,
Y entre las manos apoyó la frente.

—¿Y él fué la guerra?—preguntó el buen Cura.
—Así nos dijo—respondió el anciano,
Y agregó luego, cual si hablase a solas:
—Nunca tomó un fusil... muerte segura...
Después... la mar, con sus horribles olas...
Después... ¡en vano es esperarlo, en vano!—
—Pero, hijo,—repuso el sacerdote,
Cogiendo al rudo pescador la mano:
—El os ama, volver ha prometido,
Y ha de tornar en tiempo no lejano.—
—¡Y que Carmen sus lágrimas agote—

Agregó el viejo, hablando distraído:
—Ya no verá la pobre otro verano!—
El Cura entonces con el santo celo
De quien enciende una esperanza:—Reza—
Con voz casi profética al abuelo
Dijo,—y él volverá: que, en su tristeza,
Carmen ruegue también; y yo os lo digo
Que nunca es sordo a la oración el cielo.—
Y continuó en seguida:—Iréis conmigo;
Mientras la escarcha del invierno dura,
Mi humilde techo nos dará su abrigo;
Después, cuando la nieve se deshaga,
Tornaréis, si os agrada, a vuestra altura.—
Y el viejo suspiró:—Dios sólo paga
Lo que hace por los pobres, señor Cura.
—A buscaros vendré—dijo con viva
Emoción el anciano que estrechaba
La sien del pescador sobre su seno.
—Que halle, señor, la recompensa arriba,—
Añadió el pescador, que sollozaba,
Latir sintiendo un corazón tan bueno.

Apoyada en un árbol, pensativa,
Con rostro, al parecer, ya más sereno,
Carmen a orillas del camino estaba.
—Cuando él vuelva os daré las bendiciones;
No llores más; no llores, criatura,
Mira que mustia y pálida te pones—
Dijo, queriendo sonreír, el Cura.
Y al ver que Carmen otra vez lloraba,
Murmuró:—Ruega por Miguel, chiquilla...—

No pudo continuar; con insegura
Planta hundióse al través de la espesura,
Mientras, como una perla, titilaba
Una lágrima triste en su mejilla.

IV

Ya cerca del sauzal detuvo el paso.
Del tranquilo crepúsculo quedaba
Tan solo un resplandor en el ocaso.
Sobre la sien de la montaña obscura,
La estrella de la tarde, en esa hora,
Guiaba, por la falda y la llanura,
Hacia el lugar la gente labradora.
Y desde el valle lúgubre y sombrío,
En el cielo otoñal, una por una,
Pasaban sobre el riste caserío
Las aves a la sierra. Los fulgores
De la tarde quebrábanse en el río,
Que entre cañas y mimbres tembladores
Tan apacible y sin rumor resbala,
Que el sueño de las garzas no importuna,
Dormidas en las rocas de la orilla,
Con el cuello encogido bajo el ala.
Y en medio de esa majestad sencilla,
Que se refleja en amplios horizontes,
Eco del campanario de la villa,
Repetían el *Angelus* los montes.
¡Oh momento de paz! El mundo canta,
Y en el hondo misterio vespertino
Sube a alabarte un himno ¡oh Virgen Santa!

Al derramarse en el silencio, dulce
Como la voz de un ángel, la armonía
De ese místico acento peregrino
Que repite, en el aire: ¡Ave, María!
No hay pensativa sien que no se doble;
No hay amargo dolor que no se endulce.
Al aírta descubre el campesino,
Morena por el sol, la frente noble;
Del corazón del niño, por la inmensa
Extensión de lo azul, vuela tranquila
La plegaria, buscándote; el barquero,
Desde los bordes de su barca piensa,
Al ver los rayos del primer lucero,
Que divisa en las sombras tu pupila...
Cantan la aldea, el álamo y el nido:
¡Es el agreste orar del valle entero,
Por la voz de los montes repetido!
Y mientras que en la sierra aun palpita
Del *Angelus* el eco; entre las piedras,
En el pinar parece que medita,
Vestida con su túnica de hiedras,
En honda paz la solitaria Ermita.

Al morir la oración del campanario,
Cuando estaban las sombras combatiendo
Con la postrera claridad del día,
El Cura del lugar sacó el rosario,
Y hundióse entre los sauces, repitiendo:
—Tú hacerlo puedes, ¡sálvalo, María!—

Recordando tal vez tiempos mejores,

En animada plática sencilla,
Sentados en las piedras de la orilla
Repasaban su red los pescadores.
Al ver al señor Cura, desde lejos,
Venir junto al sauzal, por un ribazo,
Juan, un buen remador, de los más viejos,
Se alzó, de agilidad haciendo alardes,
Y fué a su encuentro con ligero paso.
—Yo, señor Cura, os pasaré en mi barca,—
Dijo, después de dar las buenas tardes;
Y agradeció la oferta el santo anciano
Al barquero mejor de la comarca.
Al llegar le rodearon presurosos,
Besando a su buen Párroco la mano,
Los pescadores; y él, viejos y mozos
Bendijo, mientras se embarcaba. Ufano,
Como quien luce esplendorosas galas,
Juan empezó a bogar y con los remos
Extendidos, su barca parecía
Un ave de esas que en la tarde vemos
La onda rozar con sus abiertas alas...
—¿Sin duda que ya sabe, señor Cura,
Pues de la sierra viene, de Basilio
Y de su pobre nieta la amargura?—
Preguntó Juan, con tono emocionado,
Cuando iban arrimando a la espesura
De álamos, que hay de la corriente al lado.
—¡Que les preste el Señor su santo auxilio!
Nunca abandona Dios a quien espera,—
Exclamó el triste anciano suspirando,
Al saltar de la barca a la ribera.

—Mañana, agregó Juan, mañana mando,
O voy yo mismo al monte, y al abuelo
Dejaré alguna plata: me ha vendido
El muchacho, al partir, su barquichuelo
Yo le dije mil cosas, y él oído
No me prestó. No sé: siempre he sentido
Algo como inquietud, como recelo
Cuando se escapa un pájaro del nido. . . .—
Iba a seguir: pero el buen Cura, viendo
Ya el espacio de estrellas florecido,
Del pobre Juan se despidió, diciendo:
—Ruega porque Miguel torne a esta tierra,
Y no subas mañana, que pretendo
Bajar esas dos almas de la sierra.—

V

Ha caído en los montes mucha nieve;
Entre brumas el sol apenas brilla
Sobre el valle aterido; el viento mueve
Más de una rota barca pescadora
Bajo los mustios sauces de la orilla.
Junto a la lumbre, por las noches, ora
La gente del lugar por los que lejos
Van, cruzando la mar y las llanuras,
La Patria a defender; y hablan los viejos
De las guerras de antaño; de los días
Llenos de sobresaltos y amarguras,
En que atronó el cañón las serranías,
Y vieron de los héroes las hazañas,

Las gaviotas que pueblan las riberas,
Las águilas que habitan las montañas.

Al calor del hogar, tardes enteras,
De esas lánguidas tardes del invierno
En que el sol ni calienta ni fulgura,
Marta, la pobre viejecita escuálida
Que tantos años sirve al señor Cura,
Como una madre, con afecto tierno,
Narrando historias distraer procura
A Carmen, que está pálida, muy pálida.

¡Ah! pobre Carmen! Ha llorado tanto
Desde aquel día en que dejó la sierra
Miguel, que ya no tiene en su amargura
Ni el consuelo dulcísimo del llanto.
Con la tristeza y el dolor en guerra,
Sólo halla paz su corazón herido,
Sólo halla paz su amarga desventura
En medio del silencio del santuario;
Y cuando va a la huerta, sus pesares
Cuenta a una golondrina que su nido
Entre el musgo tejió del campanario.
Triste y pálida, al pie de los altares,
Sin que una hora pase en que el perfume
De su plegaria a Dios no se remonte,
Languidece de pena y se consume
Aquella peregrina flor del monte.
¡Ah! pobre Carmen! Se imagina triste
El pavoroso horror de la batalla,
Y piensa que su primo ya no existe,

Y entonces ¡ay! su corazón estalla.
A veces una ráfaga ligera,
Al pasar por los árboles del huerto,
Parece que le dice:—Espera, espera!
No derrames tus lágrimas: ¡no ha muerto!—
Y entonces, sin angustia ni desmayo,
Se imagina mirar como una hoguera
Que el humo envuelve y que corona el rayo,
Y en una cumbre a su Miguel cubierto
Con la gloria triunfal de una bandera...
Y habla al abuelo entonces conmovida,
Y parece que su alma floreciera
Laureles de ambición, rosas de vida...
Pero al ver que, al oírla, palidece
Y le oculta una lágrima el anciano,
Su corazón de nuevo desfallece;
Repite:—¡En vano es esperarle, en vano!—
Y el llanto brota y su tristeza crece.

Más de algún mozo en el lugar delira
Por endulzar de Carmen los desares;
Pero la joven, cada vez que mira
El naranjal cubierto de azahares,
Señalando los árboles, suspira,
Y con su voz que al corazón arranca
Dice:—Sólo él, al pie de los altares,
Pondrá en mi frente esa corona blanca.—

El buen Párroco ha orado sin reposo
Por aquellos dos seres que ama tanto,
Y como un padre tierno y cariñoso,

Endulza sus tristezas y su llanto.
Les dice que Miguel tornará luego
Lleno de honor, trayendo la alegría;
Que rueguen al Señor, que escucha el ruego
Del corazón que en su bondad confía.—
Y cuando ya el crepúsculo destella,
Suele el buen Juan llegar, diciendo chanzas
Al viejo pescador y a la doncella.
—Que no te abrumen los pesares,—dijo
A Carmen una vez;—las esperanzas
Pueden cambiar de flor... yo tengo un hijo,
Por si tú un día de esperar te cansas.—
Y el alegre barquero hablaba entonces
Lo que mil veces removido había,
Al llegar la vejez. Cuando los bronces,
De una boda el anuncio al aire daban,
Como un canto de amor y de alegría,
Su corazón y su alma se agitaban,
Soñando—;sueños del amor secretos!—
Que en torno suyo florecer veía,
Como lirios del campo, muchos nietos...

VI

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Un día de esos que, al mediar sombrío
El invierno en las sierras, con fulgores
Orna las cumbres de los montes, canas,
Despertó el bosque lleno de rumores
Y amaneció de fiesta el caserío.
Todo el valle está alegre y las campanas,

Uniéndose a los pájaros cantores,
Sueltan himno glorioso al viento frío.
Aderezadas y llevando flores
Al viejo templo van las aldeanas;
Y por entre los álamos del río
Van al templo también los pescadores.

El juncal está en flor; azul laguna
Es la tranquila onda en que el sol brilla
Entre jirones de la niebla bruna.
Están las barcas todas en la orilla,
Llenas de ramas y de flores. Una
Muestra sobre unas cañas extendido
Velo sutil, que del lugar las mozas
Con cándidos vellones han tejido,
Y orlado de copigües y de rosas
Se balancea al aura, estremecido.
Por las faldas del monte, hasta que pierde
La mirada el camino de la Ermita,
Hay unos arcos de follaje verde
Que en luz se bañan y que el viento agita;
Y de la imagen de María al lado,
En medio de camelias y de lirios,
Han en las rocas un altar formado
Lleno de tules y ángeles y cirios.

Todo el lugar con religioso celo
Para esperar el Corpus se ha ataviado;
Y aunque hay neblinas, está alegre el cielo,
Y aunque sin flores, está alegre el prado.

Invade el pobre templo y la plazuela
Multitud respetuosa que se inclina

Ante el Señor que desde un sol de oro,
Padre del mundo, sobre un pueblo vela
Y, astro de amor, las almas ilumina.

Jesús ya sale: un inocente coro,
De immaculada túnica vestido,
Parece bando de Angeles que vuela
Junto a la amable Majestad divina
Como un himno de amor, como un latido
Que se pierde en lo azul, un ¡yo te adoro!
Va en las alas del aura conducido;
Y en pálida espiral, formando nube
Y atavío celeste a la plegaria,
El humo del incienso al cielo sube.

Mirad: en medio a muchedumbre varia,
Bajo cándido palio, entre el gentío,
Jesús, el Rey humilde, por las calles
Se acerca ya a los álamos del río.
Va a subir a una barca, luego al monte,
Y desde allí bendecirá los valles
Y la corriente azul y el caserío.

Han callado las ondas; y las cañas
Inmóviles están; el sauce inclina
La sien; el sol remonta al horizonte,
Como gloria de fuego... están orando
En su eterno silencio las montañas.
Mirad, mirad la barca que camina
Sobre las mansas ondas; va temblando
Con la adorable Majestad Divina;
Y en torno, echando a la corriente flores,

Batiendo el remo en movimiento blando,
Una callada turba:—adoradores
Que con la voz del alma van cantando.—
Ya en la ribera toca; ya las zarzas
Y los mimbres y juncos se estremecen;
Y en las rocas los ánades y garzas
En actitud de adoración parecen...
Vedlo: está entre los sauces... Las sencillas
Aldeanas ya suben la pendiente,
Precediendo a Jesús; y de repente
Un cántico resuena en las orillas:
—Entre los pardos álamos, la gente,
En la ribera opuesta, de rodillas
Acompaña a su Dios con himno ardiente.
Y en aquel canto enlázanse y se oprimen
Acentos de ternuras y congojas,
Espantando a las tórtolas que gimen
En el sauzal de amarillentas hojas.
¿Veis aquel grupo, el último que deja
La agreste orilla, que en silencio avanza,
Entre los mustios árboles se aleja,
Y a la devota multitud ya alcanza?
Un viejo, a quien apoya una doncella
De triste palidez, como una estrella,
Y hermosa cual la flor de una esperanza:
—El anciano es Basilio, y Carmen ella:
Buscan en sus pesares un consuelo,
Por eso siguen de Jesús la huella,
Llenos de amor, la nieta y el abuelo.

Primavera de luz hay en la Ermita:
No es más radiante un estrellado cielo,
Ni con más calma a la oración invita.
Mirad la Hostia en medio de los cirios:
El Sol eterno entre los astros luce;
El Cordero de Dios pace entre lirios...
El Cura anciano, que a Jesús conduce,
Junto al altar el incensario agita,
Mientras bañada en sol su vestidura
Jirón de nube en la alborada imita.
De hinojos todos en la roca dura,
Adorando al Señor, no hay quien no apronte
Su corazón a recibir las gracias
Del Dios que tiene por altar el monte.
Allí no hay almas al amor reacias:
Que ante aquel espectáculo sublime
Nace como un perfume el sentimiento,
De la tierna oración que canta o gime.
En ráfaga sutil, que lleva el viento,
El humo azul del incensario flota,
Y la voz del humano sufrimiento,
De la armonía de los salmos brota.

¡Celeste aparición! Jesús oculto,
Del misterio de amor bajo los velos,
Recibe adoración, recibe el culto
Del hombre y las montañas y los cielos.
El, que de su grandeza en el abismo,
De su gloria en el piélago profundo,
Vida de eternidad vive en Sí mismo,
En medio de los orbes, que su nombre

Repiten llenos de estupor, al mundo
Baja, buscando el corazón del hombre...
Dios los torrentes de su amor desata
Para endulzar tus penas seculares:
¡Ante el humilde Dios de los altares
Dobla tu frente, humanidad ingrata!
Dobla la frente, y abre a sus amores,
Abre tu corazón; y verás luego
Luz en el cielo, en el desierto flores,
Y hasta serán tus lágrimas un riego
Que tornará fecundos tus dolores!

En medio de aquel pueblo prosternado
Ante Jesús, que las tristezas calma,
Junto a un peñasco, de su abuelo al lado,
Carmen los dulces ojos ha cerrado
Para ver a su Dios con toda el alma.
Ha subido del valle esa paloma
Y a los pies del altar busca un albergue;
Entre las grietas de un peñasco asoma
Ese lirio del monte, que se yergue
Para enviar a Jesús místico aroma.
De rodillas está. Sus manos juntas
Son dos alas plegadas; se estremece
Su corazón enfermo bajo el velo
Cándido y leve, cuyas sueltas puntas
Agita el aura en movimiento blando.
Sumida en honda adoración, parece
La niña un ángel que bajó del cielo,
Y andaba triste, con su hogar soñando,
Mas que ha tornado en gozo su infinita

Tristeza, porque dones derramando
Halló al Cielo del cielo en esa Ermita...

Oraba con el alma y ¿qué pedía
En su muda oración?... ¿dudarlo cabe?
¿A dónde vuela, al declinar el día,
Cruzando bosques, presurosa el ave?
Ave también el corazón que ama,
Por el llano y el monte, hasta su selva,
Volar al nido solamente sabe!...
A los pies de su Dios Carmen exclama:
—¡Haz que vuelva, Tú puedes, haz que vuelva!—
Y silenciosas lágrimas derrama.

Después soñando se quedó, despierta,
Y vió que en medio de solemne calma,
De inmaculada túnica cubierta
Se alzaba desde el fondo de su alma,
Como un ángel de paz, su madre muerta.
Su dulce madre, buena cual ninguna,
Subía en lento y silencioso vuelo
Por un espacio azul ,lleno de luna,
Y con la mano le mostraba el cielo.
Sintió entonces pasar, una por una,
De su niñez las horas, y abrasarla,
Palpitando encendidos en su boca,
Los besos de su primo, que a la cuna
Iba, niño inocente, a despertarla...
En ese sueño concentró su vida,
Y apoyando las sienes en la roca,
Quedóse sin mover, desvanecida.

Cuando ya entre la turba descendía
Jesús el monte, desde el cual bendijo
Las selvas y los campos:—Hija mía,
Ya es tiempo de partir,—a Carmen dijo
El viejo pescador. No respondía
La nieta, y acercándose, el abuelo,
Tocó su mano, la encontró muy fría
Y dió un grito de espanto y desconsuelo.
De aquel gentío la atención atrajo
Ese grito de horror.—¡Oh! por el cielo!—
Exclamó el viejo Juan con honda pena;
Y alzó a la niña, pronto y sin trabajo,
Como si recogiese una azucena.
—¡Silencio!—añadió luego, y señalaba
Al Cura que iba absorto más abajo:
—Tú con tu brazo le darás auxilio,—
A un joven remador que al lado estaba,
Dijo después, mostrándole a Basilio;
Y él echó a caminar por un atajo.

VII

—¡Animo, niña! que llegó una carta,
Y es de él, es de él: verála el Señor Cura,
Y ya sabrás cómo Miguel te jura
Que pronto ha de tornar,—decía Marta
A la doliente Carmen, que, tendida
Sobre su blanco y entreabierto lecho,
Con las manos cruzadas sobre el pecho,
Era una flor de pálida hermosura
Que iba sintiendo desmayar la vida.

Juan, inmóvil, de pie junto a la enferma,
A la anciana decía:—Aparta, aparta...
Deja que duerma: el corazón, reposo
Necesita también: deja que duerma.—
Y el viejo pescador, de alma de niño,
En el semblante escuálido y hermoso
De la joven, hundía sus miradas
Con mezcla de tristeza y de cariño.

.....

Llegaban en el aire entrecortadas
Armonías de cantos que a lo lejos,
Descendiendo al lugar por los ribazos,
Cantaban a Jesús mozos y viejos,—
Cuando oyóse de pronto en la plazuela
Sordo rumor de voces y de pasos,
Y veloz como pájaro que vuela,
Llega a la puerta, al lecho se aproxima
Un joven, repitiendo como loco:
—¡Oyeme, Carmen; no te mueras, prima!—
Y agregó al verla inmóvil:—¡Desgraciado!
Cuando la gloria de mis sueños toco,
Miro al suelo caer cuanto he soñado!—

Marta miraba atónita, y abriendo
Juan los robustos brazos, estrechaba
A Miguel, que seguía:—Entre el estruendo
De la lucha, su imagen me guiaba;
Y hoy que llego a mirarla, no me mira!
¡Mentira es todo cuanto yo esperaba;
Todo en la tierra es sombra y es mentira!—

Carmen entonces, como quien delira,
Empezó a murmurar extrañas cosas,
Y hablaba de tristezas y desvelos,
Y habló después de nardos y de rosas,
Y de estrellas y de ángeles y cielos.—
Todos oían en silencio, cuando
Apoyado en el hombro de un barquero
Penetró el buen Basilio, sollozando,
Y apenas pudo murmurar:—¡Me muero!
Siento en todo mi ser hondo desmayo!—
Y con el alma de pesar partida,
—De nuevo, abuelo, entre vosotros me hallo,—
Le interrumpió Miguel; y el pobre ciego,
Al escuchar su voz, cual fiera herida
Saltó hacia atrás, palideciendo, y luego
Cayó cual roble que derriba el rayo...
El joven, dando un grito, abalanzóse
Sobre el abuelo, que encontró sin vida;
Y al grito de Miguel Carmen alzóse,
Como por fuerza eléctrica movida,
Mientras hasta el umbral, con gran premura
Llegaba como si lo enviase el cielo,
Lleno de noble majestad, el Cura.
La niña, al ver exámine al abuelo,
Y a Miguel de rodillas, agitada
Por un extraño vértigo sintióse;
Brilló trémula y dulce su mirada,
Cual un lucero en el azul perdido,
Y hundió por fin su frente en la almohada,
Como la herida tórtola, en el nido,

El Cura entonces se acercó:—Hija mía,—
A Carmen dijo, mientras Juan cargaba
El cuerpo helado del anciano,—fía
En la bondad de Dios que nunca acaba.—
—Y a ti, Miguel,—dijo, abrazando al joven,
Que a su lado lloraba amargamente,
—Nunca la paz del corazón te roben
Los pesares: al cielo alza la frente;
Dios allí está...

Y al ver que la doncella
Comenzaba a agitarse en la agonía,
—Rogad, rogad a mi Señor por ella—
A Marta y a Miguel el Cura dijo,
Mientras él, lleno de emoción, ponía
En manos de la enferma un Crucifijo.
—Hija—añadió el anciano—ya las penas
Que en el silencio del dolor devoras,
Van término a tener; oye tranquila
Mis últimas palabras, de amor llenas:
—¿Amas a Dios, y sus ofensas lloras?—
Movi6 la niña su cabeza, apenas,
Como un albo jazmín que al aura oscila;
Y el Cura entonces, con solemne tono,
Dijo, alzando la mano temblorosa:
—¡En el nombre de Dios yo te perdono!
Te llama el cielo a reposar, reposa!—

Volvió Carmen su lánguida pupila
En torno suyo; la fijó en el Cura
Con honda paz; y al ver, junto a su lecho,

Que ora Miguel ,en lágrimas deshecho,
Dando un suspiro señaló la altura
Con su pálida mano, que, entreabierta,
Bendecir parecía; sobre el pecho
Puso después la cruz... ¡Estaba muerta!

Lanzó el joven un grito, ¡horrible grito!
E inundados de lágrimas los ojos,
El Párroco exclamó, puesto de hinojos:
¡Bendito sea Dios, siempre bendito!—

Levantóse después: con alma entera,
Transfigurado en su dolor profundo,
Y llenó el santo corazón de celo,
Dijo a Miguel, que sollozaba:—¡Espera!
La vida del amor no está en el mundo;
¡La vida del amor está en el cielo!—

LUCERO

¡Oh Tú que ,como un alba, a arder empiezas
Entre la bruma, cándido Lucero,
Sobre el desierto mar de mis tristezas!

Por Ti guiado, errante marinero,
Buscando paz que mi existencia endulce,
tocar las playas místicas espero...

Haz que aura celestial mi vela impulse
A donde el Sol madura en la campiña
La espiga de oro y el racimo dulce:

Al campo allá donde en tropel se apiña
De las almas que buscan, de amor llenas
El eterno trigal, la eterna viña:

A donde brotan límpidas, serenas,
las aguas de la vida que entre lirios
Alivian ¡ay! del corazón las penas!...

¿Será que arden en mi sien delirios?
Mas, yo pienso que allá, bajo las frondas,
Ha de hallar dulces el alma sus martirios!

¡Ah! no tu casto resplandor escondas;
No dejes en las nieblas invernales
Mi barquichuelo hundirse entre las ondas!

Y arribe, aún con luces matinales,
A donde sólo, bajo el cielo calma,
En la Fuente de místicos raudales,
Su sed de amor inextinguible, el alma.

1898

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

A J E S U S

Entre nieblas de oro y entre engaños
Ave que va a la mar desconocida,
Mi corazón voló, y en su partida
Ya fué llorando tristes desengaños...

Al hallar otros, a su pena extraños,
Volaba más... hasta que, Sol de vida,
Halló tu Corazón; y en él se anida
El viejo soñador de veintiún años...

Está su sangre pálida y enferma;
Acaso el ala recogió en el Nido
Para que pronto a su regazo duerma.

¡Oh qué dulce ha de ser en ese blando
Nido de amor, de amor desfallecido
Dormirse al alba y despertar cantando!

Mayo 4 de 1902.

LOS HOMBRES

“Para mirarlo todo y comprenderlo todo,
he andado por el mundo, los ojos muy abiertos,
encontré en los caminos el rosal junto al lodo;
la zarza y el racimo, mezclados en los huertos.

No hubo rincón humano que no exploré... Las lunas
y las albas me vieron, con el mismo cariño,
sentado en los sepulcros e inclinado en las cunas;
sollozar con la madre y jugar con el niño.

Asomado a la vida, aguzando el sentido
por sorprender en ella los más velados senos,
del abismo he escuchado el más hondo latido.

Y sabiéndolo todo: que en la flor hay venenos,
y miel bajo punzantes cortezas, he aprendido
que los hombres son malos, pero también son buenos...

POR EL CAMPO LLEVO AL SEÑOR

Una larga raya indecisa,
el cielo ondulante y azul se divisa
lleno de gloria de arrebol:
sobre la alameda trémula de brisa,
‘ las copas doradas de sol.

Voy en la humilde bestia al paso
(es la humilde bestia del bíblico caso)
por el silencio matinal
que tiene en su calma no sé qué, de ocaso
y frescura de manantial.

Sobre el pecho ocultamente,
como el polvo esconde de oro la simiente,
por el campo llevo al Señor;
parece que canta el agua corriente
y que echa incienso cada flor.

Desde una rama el **pío, pío**
de un pájaro nuevo que tiembla de frío,
cae en el aire de cristal,
se levanta un soplo bañado en rocío
del verde tierno de un trigal.

Viene un labriego que saluda
—es blanca la frente, cabeza desnuda—

Y sigue lento su camino.

“¿Pasaré — me digo — por su alma ruda
la luz del Viajero Divino?”

“Y por las tierras, — pienso — ¿envía,
“onda misteriosa de paz y alegría,
“la bienandanza de su Amor,
“bajo el deslumbrante milagro del día,
“a toda rústica labor?...”
“Corazón compasivo y fiel,
“ánfora divina de divina miel,
“buscando un alma y un dolor,
“va por los senderos de los hombres El—.
Samaritano y Buen Pastor”.

Y mientras lejana se esboza
en el horizonte la pajiza choza
perdida en el valle profundo,
en donde una vida vencida solloza,
mi pecho es el centro del mundo...

VOZ DE AMOR

Soneto

Pálidas frentes que en nostalgia ardiendo,
Languidecéis cual mustias azucenas,
Penas del corazón, calladas penas
Que el mundo ahoga en su incesante estruendo;

Velas que arrolla el huracán tremendo,
Aves que, el ala al desplegar apenas,
Fatigadas voláis, pupilas llenas
De tristeza infinita, yo os comprendo.

Yo, que por la ancha tierra peregrino
Buscando el agua en que saciar mi anhelo,
Con sangre de mis pies regué el camino.

Sé del amor que es paz y que es consuelo.
¡Id de Jesús al Corazón Divino
Y encontraréis en su regazo un cielo!

TARDE DE VERANO

El ocaso es incendio, y el paisaje,
envuelto, como en púrpura, en la llama
roja del sol, es áspero y salvaje.

Como cabello hirsuto se derrama
por la montaña el bosque; en el lomaje
de peñascos y quiscos, ni una rama
pone verdor; henchido de coraje,
en el llano reseco un toro brama.

Fuerte vaho de horno cubre el suelo;
unos buitres emprenden torvo vuelo...
Y en tanto el día majestuoso y noble,

muere, dejando sobre el monte arisco
un chispazo de oro en cada risco
y un penacho de hoguera en cada roble...

EL EXTASIS DEL MONTE

Anduve por el monte vibrante de ramajes,
resonante de pájaros y encendido de sol.
Las yerbas me impregnaron de perfumes salvajes
y aprendí de los vientos una ruda canción.

Era un mar ondulante de verde y oro el campo;
Y ponía, irradiando por la azul extensión,
cada fulgor del día sobre la cumbre un lampo
y en las blancas y errantes nubes un arrebol.

Hubo de pronto un alto silencio... Las distancias
Llevaron del océano el enorme rumor;
Eran como un incienso las agrestes fragancias
Y la montaña, muda, pareció en oración.

Yo escuchaba la vida latir en cada nido,
la belleza del mundo miraba en cada flor;
la sinfonía eterna a cada eco perdido
me llenó de celeste música el corazón.

Parecía que el monte la tierra resumía
y que por él pasaba un sagrado temblor;
que en él estaba todo el milagro del día
y que arriba era el cielo, la mirada de Dios...

LA POESIA DE ENRIQUE GONZALEZ MARTINEZ.

Tus **senderos ocultos** conducen a la entraña de la vida, en que se oye su latido profundo; son las rutas que llevan por la enorme montaña a escuchar el enigma y el silencio del mundo.

Y siguiendo en la sombra tu lámpara encendida que su destello arroja sobre el eterno abismo, más allá de los hondos arcanos de la vida se llega a la infinita soledad de sí mismo.

Hablan todas las cosas para el oído atento; el palpar del astro, la **palabra del viento** y el ensueño no dicho son canto y oración.

Tú recoges el vasto ritmo del universo, el alma de la vida se estremece en tu verso y el corazón del mundo tiembla en tu corazón...

A M I T R E

(Ante su estatua)

Vaciada en recio molde de eternidad, tu frente,
Sobre la roca viva que entregó la montaña,
Bajo ese sol espléndido que en su fulgor la baña,
Grave de apoteósis se muestra al continente.

Montará guardia en torno un pueblo en cuya entraña
Estremecida toda de juventud potente,
Palpitar confundido en un ardor se siente
El empuje de Arauco con la altivez de España.

Y mientras tus dos patrias, argentina y chilena,
Animan en la carne del bronce tu memoria,
Tu nombre por los ámbitos de la América suena;

Y por los horizontes abiertos de la Raza,
En un dorado incendio de epopeya, tu gloria,
Solitaria y magnífica, como un águila, pasa.

PEQUEÑOS

En la tarde, al amparo del alero
que en una paz de égloga se asila,
miro al grupo infantil que en el estero
mezcla al harapo gris, la gasa lila.

Vuela al monte un zorzal, bala un cordero
y en el agua un fulgor trémulo oscila;
buscan todos los niños el lucero
y es una estrella azul cada pupila...

Después en el misterio vespertino
se abren, como alas, los pequeños brazos
y en todas las gargantas tiembla un trino.

..Y esfumando el paisaje lugareño
la noche ya descende a los ribazos
mientras los niños ríen y yo sueño..

RINCON ISLEÑO

El barco, lentamente, por el canal marino
desplegadas las velas con alburas de lino,
como un pájaro boga bajo el sol vespertino.

El verdor se oscurece de la colina isleña.
Unos corderos bajan al plan; sobre una peña
recogidas las alas, una gaviota sueña.

Por detrás de un ribazo, surge, blanca y sencilla,
sobre rústica torre, la cruz de una capilla;
y una llama en el fondo de los árboles brilla.

Mientras el barco avanza, en un pliegue sombrío
del monte costanero, se muestra un caserío
y hay un pequeño valle junto a un pequeño río.

Un rincón de la vida, humilde y solitario
que al amparo se acoge del viejo campanario
como un nido a la sombra de un roble centenario.

A la del hombre acerca el hombre su guarida,
para agruparse en torno busca la torre erguida,
índice de otro mundo y escala de otra vida.

Viajero que recorre la llanura infinita,
la mano del hermano su mano necesita
y a mirar las estrellas la campana, le invita.

Perdido entre la bruma, en la orilla lejana,
lo mismo que la tienda de alguna caravana,
lleno de paz, de ocaso y de piedad humana,

el caserío isleño, bajo el último alarde
del sol que en la montaña como un incendio arde
parece que rezara la oración de la tarde.

Enero 26 de 1922

